

LUZ y VERDAD DEL EsPirituaLiSmo

EXPOSICIÓN VERDADERA DEL FENÓMENO
CAUSAS QUE LO PRODUCEN
PRESENCIA DE LOS ESPÍRITUS
SU MISIÓN



JOTINO
Y
ADEMAR
1887

LUZ Y VERDAD DEL ESPIRITUALISMO

Sobre la exposición verdadera
del fenómeno, causas que lo pro-
ducen, presencia de los
espíritus y su misión

JOTINO Y ADEMAR

El que tenga oídos

para oír, oiga.

MATEO, XIV.

Ponme a la vista cuánto hay

de bueno, hazme conocer,

muéstrame tus senderos.

MOISÉS A DIOS.

Esta edición es una actualización de la obra originalmente editada en febrero de 1857.

© Copyright Salvador Martín de la obra derivada por la adaptación al castellano actual, y el contenido complementario.

© Copyright de esta edición cursoespirita.com

<https://cursoespirita.com>

info@cursoespirita.com

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, sin permiso por escrito del editor, al amparo de la legislación vigente en materia de propiedad intelectual.

1ª Edición, octubre 2019

ISBN: 9781697687989

ÍNDICE

ÍNDICE	5
PRÓLOGO	7
INTRODUCCIÓN	13
PRIMERA PARTE	19
EXPOSICIÓN DEL FENÓMENO. SU ORIGEN. DESCUBRIMIENTO MODERNO. APLICACIÓN DEL ALFABETO. MAL USO.	21
MOVIMIENTO DEL TRÍPODE. CAUSAS QUE PRODUCEN EL FENÓMENO. DUDAS.	27
ABUSOS. INCREULIDAD DE LOS HOMBRES CIENTÍFICOS. PRUEBAS PELIGROSAS QUE DEBEN EVITARSE. ÚNICO MEDIO DE COMUNICAR CON LOS ESPÍRITUS.	33

SEGUNDA PARTE	39
PARTES INTEGRALES. SU PRESENCIA.	41
DESTINO DE LOS ESPÍRITUS. SU MISIÓN.	49
DOCTRINA. MORAL Y FILOSOFÍA.	57
TERCERA PARTE	63
TENDENCIAS GENERALES DE NUESTRAS DOCTRINAS	65
DIFERENCIA DE DOCTRINAS	71
CUARTA PARTE	77
REFLEXIONES SOBRE LOS PRINCIPIOS Y BASES DE ESTA DOCTRINA	79
CONCLUSIÓN	89
ANEXO 1 EL ESPIRITISMO EN CÁDIZ EN 1853 Y 1868	93
ANEXO 2 CARTA DE FRANCISCO DE PAULA A ALVERICO PERÓN	107
ANEXO 3 EL OBISPO ARBOLÍ	121

PRÓLOGO

Estamos ante una de las obras más importantes desde el punto de vista histórico del Espiritismo español y europeo, fue impresa en Cádiz en febrero de 1857, cuando todavía ni se había publicado *El Libro de los Espíritus*¹.

En 1853 el fenómeno de las mesas giratorias o mesas parlantes había suscitado el interés de la sociedad española a raíz de varios artículos en la prensa de la época; pero también porque aquí, como en muchos otros lugares del mundo, este fenómeno se produjo con especial prodigalidad durante esos años. Como dice Arthur Conan Doyle en *Historia del Espiritismo*, eran años de una *invasión organizada*. Algo que alcanzaba a todas las capas de la sociedad, desde la alta aristocracia a la clase trabajadora y que en la mayoría de los casos se llevaba a cabo como mero objeto de curiosidad y diversión.

¹ 18 de abril de 1857.

Algunos médicos experimentaron el fenómeno tratando de encontrar la causa física o magnética del mismo, lo que dejaron reflejado en algunos interesantes artículos de revistas médicas como *El Siglo Médico*, *El Heraldo Médico* o *La Gaceta Médica*. Muchos admitían y eran testigos del fenómeno, pero pocos lo atribuían a causas espirituales.

Fue también en 1853 que un grupo en San Fernando, Cádiz, comienza a llevar a cabo reuniones de forma seria, utilizando una mesa velador de tres pies. El mismo sistema que utilizaría la Sociedad gaditana que publica *Luz y Verdad del Espiritualismo* (1857). Todo nos hace pensar que esta segunda sociedad gaditana, fundada en 1855, y que en un mes tenía más de cien socios, tendría miembros de la primera. El primer grupo saca a la luz en 1854 un folleto titulado *Las mesas danzantes y modo de usarlas*¹. Ambas utilizaban la mesa velador o trípode, y numeraban cada uno de los pies del trípode, a cada uno de los cuales le correspondía nueve letras del alfabeto². En ambas destaca la seriedad y los nobles fines que persiguen, lo que les permitió estar asistidos por Espíritus

¹ Subtitulada *Respuesta de los espíritus a preguntas que se le sometieron mediante la tiptología*.

² Al final del libro está el alfabeto numerado que utilizaban.

PRÓLOGO

de cierta elevación, de los que recibían enseñanzas y exhortaciones, de contenido filosófico y moral, muy similares, salvo alguna excepción, a las de *El Libro de los Espíritus*, y entre los Espíritus elevados comunicantes, había también Espíritus más inferiores a los que asistían con sus consejos. Llevaban a cabo misiones de caridad periódicamente, siguiendo las indicaciones de sus guías.

El propio Allan Kardec felicita y destaca la labor de los espiritistas de Cádiz, y justifica su pretensión de ser uno de los primeros núcleos, sino el primero en Europa, en tener una reunión espiritista constituida y recibir comunicaciones periódicas de los Espíritus, por la escritura y la tiptología, sobre moral y filosofía. «[...]en un momento en el que, de hecho, en casi todas partes, no se ocupaban de las mesas parlantes si no como un objeto de distracción, en Cádiz ya se utilizaba el fenómeno para instrucciones serias».¹

La Sociedad gaditana resuelve publicar la obra que aquí prologamos, de la que comenzaremos diciendo que algún mérito ha de tener cuando la Iglesia determina prohibirla y pasarla por la hoguera.

¹ Ver anexo 1, *El Espiritismo en Cádiz en 1853 y 1868*.

El Obispo Arbolí, del que daremos debida cuenta al final del libro¹, manda secuestrar todos los ejemplares y decreta un Auto de Fe, quemándolos delante de su palacio. Al día siguiente da una pastoral en la que los excomulga, tratándolos de ateos y panteístas, prohibiendo a todos los feligreses la evocación de los Espíritus, bajo pena de excomunión; así como da orden a todos los curas que en sus respectivas parroquias leyesen esta pastoral todos los festivos.

Pero como ya sabemos bien los espiritistas, los Autos de Fe, no han sido freno para la divulgación del Espiritismo, ya que justamente han conseguido todo lo contrario.

Llevaron a cabo la hazaña de hacer una nueva impresión en Gibraltar de mil doscientos ejemplares, y a pesar del aviso que el vicario católico de Gibraltar dio al Obispo, los libros entraron nuevamente en Cádiz, y se repartieron en casi todos los pueblos de su obispado, creándose nuevos círculos en varios de esos pueblos. Poco después en ese mismo año el libro salta el Atlántico y se edita en Montevideo.

¹ Ver anexo 3, *El Obispo Arbolí*.

PRÓLOGO

En la introducción del libro, los autores firmantes, Jotino y Ademar ya vaticinaban las dificultades que encontrarían.

En el anexo 2, incluimos la carta que envía uno de los miembros, Francisco de Paula Coli, al director de *El Criterio Espiritista*, Alverico Perón, carta que refiere más detenidamente algunos de estos hechos.

En *Luz y Verdad del Espiritualismo* encontraremos explicado cómo llevaban a cabo el fenómeno, la obra es especialmente pródiga arremetiendo contra la incredulidad y la ignorancia, tan llena de prejuicios.

Promueve el estudio detenido, la práctica con un estudio previo, las experiencias serias, con ciertas condiciones como son la moral y el desinterés de los experimentadores.

Alerta sobre el fanatismo y la frecuente posibilidad de que los Espíritus comunicantes sean inferiores y por tanto ignorantes. Contraindicando el mal uso, las interesadas preguntas sobre asuntos personales, propios y ajenos, que son las que atraen Espíritus inferiores; mientras que los elevados se ocupan de asuntos más sublimes que resolver nuestra curiosidad malsana.

Y destaca la figura de nuestro Creador, la importancia de la moral, que poco difiere de la moral cristiana. En la misma línea de la obra de Kardec, prueba de que los

Espíritus enseñaban y enseñan lo mismo a este respecto en todas partes.

Todavía hoy, 162 años después, resplandece la magia de este librito, que llegó a nuestras manos, hace tan solo dos semanas, por una de esas vías *casuales*, que tantas veces nos resuenan como causalidad y ayuda espiritual. Y por su gran valor histórico, este último recién llegado ha adelantado a otros libros espíritas que tenemos en preparación, apremiándonos a ponerlo cuanto antes a disposición de todo el mundo, para que las cenizas del Auto de Fe de Cádiz puedan, ahora sí, esparcirse por doquier. Mientras terminábamos de escribir este prólogo, hubo otro pequeño resplandor de esa magia, cuando exactamente a la 1:01 de la madrugada recibo un WhatsApp de mi amiga Sol que textualmente decía: «Están hablando del Espiritismo en España ahora en Cuarto Milenio¹», y al poner la televisión me encuentro que de lo que están hablando es exactamente de este libro, otra *casualidad*, otro *Acaso*, éste era por cierto el segundo apellido del Obispo Arbolí, pero seguro que esta sí que es otra casualidad.

Salvador Martín

7 de octubre de 2019

¹ Programa 598 emitido el pasado 6 de octubre.

INTRODUCCIÓN

Vamos a tratar bajo un punto de vista enteramente nuevo, el fenómeno del espiritualismo tan controvertido en nuestra época.

No se nos llame visionarios antes de oírnos.

No se desate la incredulidad contra nosotros para juzgarnos de un modo desfavorable, sin haber formado un juicio, siquiera aproximado, de lo que ha de condenar la risa del desprecio.

Hemos alcanzado un tiempo en que los descubrimientos científicos más maravillosos se suceden rápidamente. No parece, sino que Dios ha querido mostrar al hombre por esos medios su poder, para advertirle al propio tiempo la senda equivocada que sigue en todos los sistemas que inventa, en todas las utopías que quiere imponer a la sociedad humana, sin estar fundados en sus preceptos eternos y divinos.

«Atravesamos —ha dicho un autor moderno, inspirado tal vez en uno de esos momentos que Dios concede al hombre— una de las épocas más grandes porque ha pasado el género humano para avanzar hacia el fin de su destino divino; a una época de renovación y transformación, semejante quizás a la época evangélica».

Que estamos en esa época de renovación, es indudable.

Pero esa renovación no es posible se efectúe nunca por los hombres que han tomado la iniciativa en cuestiones tan trascendentales, porque fundadas sus ideas sobre los errores más falsos, no pueden tener la sólida base de una regeneración completa, que satisfaga las verdaderas necesidades del hombre en la tierra, y prepare su espíritu para cuando se desprenda de la materia que lo encierra.

¿Por qué ha de dudarse del fenómeno del espiritismo, cuando tantos otros fenómenos se presentan al hombre en la misma naturaleza que Dios ha creado?

¿No se aprovecha de ellos, hasta de los más insignificantes, no los estudia, para que le produzcan un invento maravilloso, que deja atónicos a los que lo ven y no lo conocen?

INTRODUCCIÓN

«Somos como los niños: a cualquier juguete que nos admira el tributamos grande sorpresa, pero no adoración».

¿Es acaso difícil para el que con un soplo o destello de su espíritu animó al primer hombre, hacernos comprender sus verdades eternas por otros medios menos materiales que los conocidos?

Dudamos de ello, porque solo pensamos en todo lo que tiende a la satisfacción de nuestros deseos inmoderados, para alcanzar la ventura en la tierra, sin advertir que «de nada sirven esos bienes que llamamos materiales, cuando se tiene el alma destrozada, sin creencias, sin virtud, ni fe».

Tal duda, prueba por lo menos que los hombres, hallándose muy lejos del espiritualismo, no pueden creer en él: prueban la ignorancia en que están de la existencia de un mundo espiritual, formado, no según los cálculos egoístas de los filósofos, no gobernado según las leyes inventadas en sus utopías irrealizables, y con un tecnicismo necio y oscuro; sino ordenado por leyes inmutables y descansando sobre hechos que no pueden negarse.

El único lazo de unión entre ese mundo espiritual y el natural es el hombre.

LUZ Y VERDAD DEL ESPIRITUALISMO

Cuanto más se acerque al mundo espiritual, despojado de todas las pasiones mezquinas que le combaten, tanto más estrechará ese lazo y podrá entrar en comunicación con él.

Así comprendemos nosotros el espiritualismo; así entendemos la verdad de ese fenómeno antiquísimo, anatematizado hoy y poco digno de estudio para los que viven en un siglo en que las ideas más puras se impregnan del escepticismo más impío.

Al ocuparnos nosotros de él, no nos anima otra idea que la del bien: queremos que la luz y la verdad penetren las oscuras tinieblas en que estamos envueltos.

Nuestros datos y observaciones se hallan fundados en la historia de la humanidad los unos, revelados los otros por medio de nuestro estudio del fenómeno, y apoyados los más en autoridades incontestables.

No somos fanáticos ni utopistas.

No intentamos querer establecer otro sistema más entre tantos absurdos, no venimos a propagar ideas sociales disolventes.

Nuestras doctrinas llevan el sello de la moral más pura; tienden al bien, no al mal; al orden, no al desconcierto; tienden, en fin, a introducir la luz en el corazón

INTRODUCCIÓN

del hombre, para que su razón se ilumine y la verdad triunfe del error que le fascina.

Sin embargo, conociendo bien a los hombres de nuestro siglo, sabemos lo que nos espera.

«Negras borrascas nos combatirán, altas olas de incredulidad y fanatismo se levantarán sobre nosotros queriendo sumergirnos: mas no tememos, no nos aco- bardamos, tenemos fe, constancia, humildad y seremos fuertes».¹

JOTINO Y ADEMAR

27 de enero de 1857

¹ Este párrafo, y todos los que más adelante van «entre comi- llas», lo extractamos de revelaciones obtenidas.

PRIMERA PARTE

EXPOSICIÓN DEL FENÓMENO. SU ORIGEN. DESCUBRIMIENTO MODERNO. APLICACIÓN DEL ALFABETO. MAL USO.

Se ha vulgarizado tanto el descubrimiento, que pocos habrá que ignoren el modo de operar el prodigio del trípode.

Sin embargo, para los que aún no lo saben, haremos algunas ligeras explicaciones.

Dos o tres personas bastan para magnetizar y dar movimiento al trípode, y una vez en contacto con él, una sola, si concurren a ella las circunstancias que expresaremos después.

Se coloca una mano sobre la parte superior del trípode, se evoca el espíritu, y cuando se levanta de un pie, es la ocasión para dirigirle las preguntas que ocurren. Para comprender lo que quiera decir, se numeran los tres pies con los números uno, dos y tres, a cada uno de los cuales corresponden nueve letras del alfabeto. Estas

se hallan numeradas también, para saber por el número de golpes la letra que el espíritu quiere indicar para formar las palabras.¹

No todos los espíritus pueden expresarse bien. Esto es, porque no están en afinidad con su *parte integral*, y aun estándolo, no hablan correctamente *por no hallarse la esencia y las partes en un estado perfecto de armonía*. De aquí se sigue, que no todas las personas pueden obtener un resultado satisfactorio en sus experiencias, de lo que nace principalmente la incredulidad de muchas.

Contestan *sí* con un golpe y *no* con dos, sin distinción de pie. El *punto final* lo marcan con una pausa más o menos larga; la *interrogación* y la *admiración* levantando el pie que corresponde a la letra con que empieza o concluye; los *acentos* los indican dando un golpe más fuerte que los demás al marcar la letra que debe tenerlo.

La mayor parte se equivocan con frecuencia, en cuyo caso se les lee lo dicho y rectifican las equivocaciones.

¹ Aunque los espíritus, sobre todo los puros, pueden hablar por medio de cualquier alfabeto que se combine, ponemos al fin (del libro) el más sencillo y usado para complemento de esta explicación.

Tal es el modo mecánico más fácil de operar el prodigio de que tantos dudan por no haber hecho de él un estudio serio, sino una especie de juego estéril y a veces peligroso.

Si se quiere buscar el origen del fenómeno, habrá que remontarse a los tiempos de la antigua Grecia, cuyos oráculos no eran otra cosa que lo que hoy vemos; solo que allí, como aquí ahora, por lo regular hablaban, *espíritus impuros*. Así se comprende el porqué habiendo muchos, sobresalía por su reputación, entre todos el de Delfos, altamente venerado de los griegos, y al que Tito Livio llamaba «el oráculo común del género humano». Los pueblos y los reyes, los legisladores y los magistrados de las Repúblicas, todos llegaban a consultarle. Tal era su autoridad, que según un historiador: «gobernó desde muy antiguo la Grecia, disminuyendo los abusos de la democracia y de los tiranos».

Para probar aún más que los oráculos de Delfos no eran otra cosa que los espíritus, puede citarse la entonces incomprensible correspondencia que tenían con los países extranjeros muy remotos.

En cuanto al descubrimiento moderno del fenómeno, se ha supuesto equivocadamente por muchos desde que, hace ocho años, ciertos magnetizadores de los Estados Unidos probaron que las mesas giraban con

la intervención de varias personas colocadas alrededor, descubrimiento que vino perfeccionándose, hasta que en 1853 y 1854 ocupó la atención de hombres muy instruidos de Francia y de Inglaterra sin resultados satisfactorios, y que a la fecha ha corrido todas las naciones como un problema sin solución posible.

El descubrimiento es mucho más antiguo de lo que se supone, es de un origen más elevado que se cree, y tiene un objeto más grande y sublime que el que se le atribuye por los que de él han escrito volúmenes enteros sin sustancia provechosa.

«Hubo un hombre a quien le fue revelado, por dominar en alto grado en él y en sus partes integrales el bien al mal. Este hombre fue Fourier».

«Más este hombre, al verse, al considerarse elegido de Dios, se llenó de necio orgullo, creyó ser superior a él y quiso formar un sistema mejor que el que le dictaba el cielo por medio del espíritu».

He aquí el primer hombre que, en nuestros tiempos, operó el prodigio. Este secreto ha estado oculto hasta ahora entre los pliegues del misterio, y nos ha sido revelado para confusión de los discípulos modernos de su escuela.

Ese hombre fue también el primero que aplicó el alfabeto para obtener resultados. «Tal descubrimiento lo ordenó procurando coordinar los golpes sin orden que daba al trípode, habiéndose perpetuado hasta ahora la memoria de ese prodigio», que ocupará en adelante un lugar muy señalado en la escala de los descubrimientos modernos, llegando a ser quizá el principio de una nueva ciencia psicológica.

«Aunque Fourier no consignó el fenómeno en sus obras, sus discípulos escogidos lo sabían, y entre ellos, por tradición, ha llegado hasta nosotros. Los ilusos que siguieron y siguen tal sistema, se han valido de él para extenderlo, y los *espíritus impuros* los han confirmado y confirman en su error».

Para propagar rápidamente sus doctrinas han continuado haciendo el mal uso que hizo su maestro de lo que estuvo destinado para más altos fines. Lo han aumentado por su parte con las exageraciones más irrisorias, e inventado una nomenclatura ridícula aplicables a un mundo espiritual que no comprenden y que han querido sujetar a sus caprichosas concepciones.

Transformar las revelaciones que obtenía, dando al mundo un sistema vicioso, desconocido e impracticable; ¡tal fue el mal uso que hizo Fourier de su maravilloso descubrimiento! ¡El elegido, sin duda, por el Señor para

regenerar al hombre, creyó poder inventar a su capricho un sistema más realizable que el que el espíritu le dictaba!

En vez de haber sido el primero que levantara su voz inspirada para promover la regeneración del hombre, y haber llenado de admiración y santo respeto el siglo en que vivió; al desaparecer de la tierra, en lugar de un nombre eterno, legó al mundo solo su recuerdo, que éste olvidará pronto, y una utopía, «¡una aberración más en el largo catálogo de las aberraciones humanas!».

MOVIMIENTO DEL TRÍPODE. CAUSAS QUE PRODUCEN EL FENÓMENO. DUDAS.

La primera duda que ocurre a los incrédulos, respecto al fenómeno, es la de que el trípode, como objeto inanimado, no puede moverse por la sola acción del fluido magnético.

El magnetismo, dicen, influye únicamente sobre un ser animado en virtud de una armonía de relaciones que se establece por la voluntad, imaginación y demás.

Enhorabuena: y, ¿cómo se explica entonces lo que tiempos atrás hacían todos con mesas, sombreros, etc., cuyos objetos inertes se movían e incluso andaban? ¿Lo que entonces sucedía, no ha de poder ser ahora? ¿El mismo fluido magnético que movía esos objetos, no ha de dar ahora acción al trípode?

Está probado el movimiento de éste de una manera tan incontestable en la experiencia, que todo cuanto se

diga para negarlo equivale a dudar de lo que se ve teniendo ojos, y de lo que se siente teniendo tacto.

Una de las vulgaridades más admitidas y lastimosas que corren en boca de hombres entendidos, es que la imaginación de la persona que se coloca en el trípode produce un resultado que se toca.

No hay nadie que pueda probar satisfactoriamente en la práctica semejante aserto.

Hay ideas tan delicadas y pensamientos tan grandes en las contestaciones que se obtienen de los *espíritus puros*, que pocos hombres de una inteligencia, no ya clara, sino superiormente elevadas, pueden concebir, no improvisadamente como sucede, sino por escrito.

En apoyo de lo dicho pudiéramos presentar algunas muestras, que tal vez algunos incrédulos las tendrían por apócrifas.¹

¹ La siguiente parábola a que hacemos referencia más adelante, fue dictada por el espíritu para que se descifrase.

«Era una espiga de maíz; en leve tiempo creció a tan grande altura sobre las demás. Las que estaban a su alrededor empezaron a marchitarse pues las chupaba su jugo. Se levanta una borrasca, un fuerte viento muge, y la alta espiga cae tronchada

Pero entonces, se preguntará, ¿qué es lo que impulsa y da vida al trípode para ponernos en comunicación con los espíritus?

Este es uno de los misterios del prodigio, que no hemos visto explicado aún en ninguna obra de una manera que satisfaga.

«De las personas que se colocan en el trípode, una de ellas, por su organización volcánica, por ideas avanzadas, tiene más fuerza de voluntad, más fluido magnético que las demás. Esta fuerza, este fluido domina el de las otras y evoca su espíritu si está en estado puro, es decir, en armonía con sus partes integrales».

Entonces el trípode recibe la vida y el espíritu, no aquel, se expresa con una exactitud maravillosa y una afluencia que deja atónitos a todos, incluso a la misma persona que está en contacto con él.

Los que crean que la imaginación de un individuo puede transmitirse de la manera inexplicable que ellos dicen, hagan la prueba cuando se presente algún

a pedazos sobre las otras. Lluve después, y el cálido sol que apareció al despejarse la tormenta, pudrió con la humedad la alta espiga, y las otras se irguieron más verdes y lozanas que nunca».

espíritu; entonces se convencerán de lo absurdo de su creencia.

Hay más, de las personas que se colocan en el trípode, la que está más en contacto suele no tener conocimientos suficientes de la materia que el espíritu explica.

Poned tres personas que no sepan leer ni escribir, si una de ellas evoca un espíritu y éste se halla en estado puro, el resultado será siempre satisfactorio. ¿Y podrá decirse entonces que la imaginación de una persona ignorante de todo puede transmitir al trípode ideas y pensamientos que algunas otras estarían orgullosas de haber expresado?

Venid acá, incrédulos; ¿sois capaces de creer, además, que de las personas que se colocan en el trípode hay una que moviéndolo con su mano va componiendo las palabras en vista del alfabeto?

¿Puede llegar a tanto vuestra incredulidad? ¿Es posible que vuestro pensamiento no se detenga a considerar que esto es absolutamente impracticable?

¿Ya no existe la buena fe en el mundo? Porque vosotros no la tenéis, ¿la veis de negar a los demás? Y, sobre todo, cuando se trata de doctrinas tan notables, ¿qué interés podía llevar el que semejante superchería

sostuviese? ¿No le daría más honor, a vuestros ojos, publicarlas en un libro sin que pasasen por ese proceder infinito?

No hay que hacerse ilusiones; existe una ley superior por la cual no todos pueden dar al trípode la misma vida para que produzca idéntico resultado. Hay también otras muchas causas que influyen en esto, y la principal es que «estando en tinieblas por el mal las partes integrales de un individuo, son repulsivas para con la suya», y, o no vienen al ser evocadas, o si vienen se producen con torpeza, o no hablan verdad.

He aquí explicado lo principal del fenómeno de una manera inteligible para el que estudie lo que más adelante decimos sobre este asunto, con una copia de datos que no hallará en ninguna otra obra.

Todo lo que hasta hoy se ha escrito sobre el fenómeno, está fundado en el cálculo y las probabilidades, o en revelaciones de *impuro origen*, que, como tales, no caben en ninguna cabeza humana.

Nuestras aserciones podemos probarlas prácticamente, a nadie lo ocultamos. Si la incredulidad es ciega, la razón del incrédulo, iluminada una vez, puede encaminarle a buscar la verdad y hallarla. Podemos mostrarla al que tenga fe. Para el que no sepa distinguir la luz de las

LUZ Y VERDAD DEL ESPIRITUALISMO

tinieblas, y encerrado en sus ideas de fanatismo lo niegue todo, y todo lo crea una superchería, el convencimiento y la razón son inútiles, y de ellos puede decirse: «tienen ojos para ver y no ven, tienen oídos para oír y no oyen».

**ABUSOS. INCREDELIDAD DE
LOS HOMBRES CIENTÍFICOS.
PRUEBAS PELIGROSAS QUE
DEBEN EVITARSE. ÚNICO
MEDIO DE COMUNICAR CON
LOS ESPÍRITUS.**

Dad a un niño un arma de fuego; fatal será el resultado que obtenga si ignorante de su uso llegue a disparársele en sus manos.

Sin los conocimientos oportunos, nadie podrá dirigir el movimiento ordenado de una máquina, por sencilla que sea, y si alguno lo intenta, o dudará de su utilidad o será víctima por el arrojo de su misma ignorancia.

Ni más ni menos sucede hoy con el descubrimiento del fenómeno en cuestión. Sin comprender su uso, sin saber el objeto del prodigio, todos han querido probar hoy por su propia experiencia lo que hubiese de verdad en él.

¿Cuál ha sido el resultado? La duda, las negaciones de un hecho que existe como existe la luz del sol.

¡Somos hombres al fin! Cuando nuestros esfuerzos son inútiles para alcanzar un resultado cualquiera, no pensamos nunca en nuestra insuficiencia, ni en las causas capitales que nos lo impiden. ¡Es más cómodo negar la existencia de una cosa, que confesar nuestra ignorancia!

Así es que personas, cuya reputación de hombres ilustrados vemos pregonada por todas partes, contando con el solo mérito de su saber, quieren que el fenómeno se les presente de una manera ostensible. No concibiendo por qué el trípode puede moverse y producir resultados en manos de un ignorante y no en las suyas, le desdeñan y dan al mundo la estupenda noticia de que ese prodigio no es hijo de la ciencia, sino de una superchería.

Y si no, ved a esos hombres que se llaman científicos. Vedlos al lado de un trípode que produce, por medio del espíritu, conceptos mejores que los suyos, con la sonrisa de la incredulidad en los labios muy poseídos de su saber. Oídeos preguntar al espíritu las cosas más escondidas hasta hoy a la penetración de los hombres, los misterios más grandes tras de cuya solución se han fatigado vanamente los sabios de todos los siglos.

¿No les contesta el espíritu satisfactoriamente? ¿No les descubre el misterio que desean saber para halagar su ambición? ¿No les revela alguno de esos secretos que Dios ocultó al hombre quizás para que no hiciera mal uso de ellos como lo ha hecho de otras muchas cosas?...

No hay posible convencimiento entonces para esos seres, que sin nuevos estudios quieren saber la causa, el porqué no obtienen resultados iguales a otros. Y en el supuesto caso que un espíritu les revelara un secreto de importancia, ¿lo creerían? ¿Su orgullo no lo permitiría nunca!

De este abuso que quieren practicar a medida de sus deseos, nace el desprecio con que miran un fenómeno que no se halla calcado en el molde de su ciencia, y de aquí por consiguiente la incredulidad comunicativa a otras inteligencias más reducidas, que ven en cada uno de esos hombres otras tantas lumbreras del saber.

En vez de abusar del fenómeno de esa manera lastimosa, ¿por qué no se dedican a estudiarlo? ¡Miseria vanidad humana! ¿Cómo han de ocuparse en la investigación de una cosa de la que el vulgo se ha apoderado? ¿Han de doblarse hasta él, cuando se presenta por medio de un mueble tan mezquino?

Y si hay alguno que se someta a hacer experiencias serias, entonces entra en deseo de subordinar a su capricho el espíritu puro que llega a iluminarle, y en vez de aceptar lo que éste le dicta, quiere servirse de él para gobernar a la humanidad según las ideas que bullen en su cabeza.

No son menos los abusos introducidos por los que teniendo fe en el fenómeno, alucinados por ciertos espíritus no comprenden que estos pueden tener otra misión que la que vienen a comunicarles, por más que esa misión sea absurda, y dé una muestra de la impureza de los espíritus que les hablan.

Nada de extraño tiene, en vista de esto, que otras personas abusen a su modo del prodigio. Creyendo que se halla a su disposición el mundo espiritual, se hacen la ilusión de haber evocado el espíritu de algún personaje ilustre de la antigüedad, o el de alguna otra menos célebre que conocieron aquí abajo.

¿Cómo ha podido creerse que el espíritu de un hombre cualquiera está a las órdenes del primero que se le antoja llamarlo? Si dan el nombre de los que buscan, si aciertan algunas veces, no todas, es porque los *espíritus impuros*, que se presentan a apartar al hombre del bien, ignoran pocas de las cosas que se quieren saber y toman

los nombres de aquellos, pagando con el engaño la curiosidad de los necios.

Semejante abuso es el más peligroso de todos, porque preguntando sobre asuntos personales, propios o ajenos, hay gentes que se fanatizan y están dispuestas a creer siempre en lo malo y no satisfacerles lo bueno de las contestaciones.

Esta clase de pruebas no debe hacerse nunca; la experiencia lo tiene acreditado así.

Es menester que sepan todos los que abusan del fenómeno, que *un espíritu no puede decir verdad, ni comunicar convenientemente sino con su parte integral*, es decir, con la persona que lo haya evocado y esté en contacto con él, aunque no se halle en un estado completo de pureza.

Si es puro, su misión entonces es más elevada, menos estéril que la de satisfacer una curiosidad a veces insensata.

Estos abusos y otros que cometen los que ignoran las leyes a que se halla subordinado el fenómeno, son los que le han desacreditado en el concepto público.

Todo descubrimiento cae en el ridículo, cuando los que le han hecho o introducido, en vez de darle el valor,

la importancia verdadera que tiene en sí, lo presentan bajo una forma inconveniente y lo aplican a un sistema absurdo, a miras personales, a la satisfacción de una ambición mezquina o al deseo de saber misterios que por alguna razón no han sido revelados a los mortales.

Para rehabilitar el fenómeno a los ojos de los hombres que piensan, es menester esparcir mucha luz y decir la verdad a todos. Con este objeto hemos tomado la pluma, y no la soltaremos hasta dejar satisfechos los deseos de los que quieran estudiar, y los nuestros, que van encaminados a un fin justo, desinteresado y leal.

ADEMAR

SEGUNDA PARTE

PARTES INTEGRALES. SU PRESENCIA.

Dios, con su omnipotencia suma, con su poder indestructible y por su sola voluntad. «Hágase»—dijo— y... ¡Cuán admirable prodigio! ¡Cuán sorprendente espectáculo sería! De en medio del vacío, de la nada, del caos en fin en que todo estaba envuelto, se formó instantáneamente la dilatada superficie que nos sustenta, cubriéndose al par de lagos transparentes, de lozana y feraz vegetación, de áridas colinas, cuyas elevadas cúspides confundieran su color con el azul del cielo, de verdes praderas, de risueños bosques, donde la vivificante luz del sol maduraba dulces y delicados frutos, y por último, de inmensa multitud de animales de diversa especie que pueblan las aguas, la tierra, el aire.

Entonces Dios quiso hacer una obra superior a todo lo creado; quiso modelarla por su misma mano para que fuese más noble, más digna, de más valía; la hizo igual a sí, con su hechura y semejanza, y la animó, le dio la vida con un soplo o destello de su espíritu. Para formarla,

«hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza» dijo, y al pronunciar esas palabras anuncia el sublime misterio de la Trinidad. Pues al decir: «hagamos» se dirige, habla, a otro él, a otro por quién todas las cosas han sido hechas. A aquel que dice en su Evangelio: «Todo lo que el Padre hace, el Hijo igualmente lo hace». Y al hablar de su Hijo o con su Hijo, habla también con el Espíritu Santo, coeterno e igual al uno y al otro. Este misterio se confirma y verifica en la criatura que Dios formó; pues al hacerla a su hechura y semejanza, no se entiende la de la materia; que el Señor bien puede modelar del polvo una figura bella y bien dispuesta, mas no igual a su imagen; pues siendo el cuerpo la materia; que el Señor bien puede modelar del polvo una figura bella y bien dispuesta, mas no igual a su imagen; pues siendo el cuerpo la materia de la criatura, mal podrá asemejarse a Dios, que no tiene materia, que es incorpóreo.

El Señor modela al hombre a su imagen y semejanza en su espíritu, en el soplo de vida con que le anima. Y entiéndase que este soplo o destello no es una parte de él. Dios no es un todo que se divida en multiplicadas veces. Y aunque Dios tuviese partes, serían partes no creadas; porque el universal Creador, el Ser increado no estaría compuesto de infinitas partes creadas. El soplo con que nos da vida, raciocinio e inteligencia, viene de

él, dimana de él; y sin ser parte sustancial de él mismo es homogéneo con él, pues de él deriva.

Ahora bien, siendo nuestro espíritu hecho a la imagen y semejanza del Señor, claro es que participa en algo del todo de aquel; y existiendo en él el admirable misterio de la Trinidad, claro es también que este se refleja en nosotros, aunque en descendente escala, por medio de las dos partes (partes integrales) del mismo espíritu que anida en la criatura.

En vista de todo lo expuesto, ¿qué hombre, por muy estoico que sea, si medita un poco sobre su celeste origen, no vuelve su alma a Dios, sintiendo germinar en él desde aquel punto ideas sublimes de noble dignidad, pensamientos elevados, entusiastas, ajenos antes a él, y que le acercan a Dios, purificando su espíritu y elevándole sobre el inmundo lodazal en que su crasa ignorancia le tuviera sepultado?

¡Sorprende el alma, cautiva, penetra, impregna nuestro débil y oscuro entendimiento vivísima luz al admirar la sabia omnipotencia, la inmensa bondad de Dios! Por tanto, nos es fuerza exclamar con San Mateo: «Yo te confieso, Padre, Señor del cielo y la tierra, porque ocultaste estos hechos a los sabios y prudentes y los revelasteis a los humildes».

Los estrechos límites de este opúsculo no nos permiten extendernos más sobre el pasado punto, el cual, aunque brevemente, creemos dejar bien expuesto, pues del primer golpe de vista se explica de un modo sencillo y terminante todo el misterio de nuestras partes integrales.

¡Cuán extraña parece a la vana ceguedad del hombre el incomprensible fenómeno que tocamos!

Desde la lejana época en que se le mostró por primera vez, nunca su mente ha podido descifrarle. Mil ideas vagas fluctuaban en su cerebro; su incredulidad, su fanatismo, arraigado por exageradas creencias, el orgullo de su mísero saber, su maligna predisposición a negar, a descomponer todo lo que no alcanza su débil raciocinio, han luchado en él desde los primeros tiempos y luchan todavía. Sin embargo, ya plugo a Dios rasgar el velo que hacía, hasta cierto punto, impenetrable a nuestros ojos tan admirable prodigio. Este nos es revelado por el espíritu para hacernos conocer nuestra funesta ceguedad, para despejar la vista de la oscura niebla que entre ella y la luz se interponía; para humillar y vencer nuestra estoica presunción de ciencia, nuestra flaca sabiduría.

«Queriendo Dios dice, que el hombre se salve vivificando su espíritu, pues le tiene mucho amor, dispuso y

dispone que sus partes integrales acudan al evocarlas él para hacerle conocer la luz y la verdad».

¿Quién puede negar la existencia del fenómeno?

¿Quién dudar de su revelación al verla confirmada con las siguientes palabras del Apocalipsis: «Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor; desde ahora les dice el espíritu: que descansen de sus trabajos, porque sus obras les acompañan».

Luego al que abre sus ojos a la luz, al que dé cabida en su corazón a la verdad, *le dirá el espíritu que descanse de sus trabajos; pues sus obras le acompañan*. Esto es: que después de ser iluminado por la viva antorcha de la luz y la verdad, desterrará de sí, cuantas indignas pasiones, cuantos torpes afectos escondiera en lo oculto de su alma. Entonces, *con él será el descanso, porque solo sus buenas obras le acompañan*.

Después de lo arriba dicho por el espíritu, nos añade que «aquellos son puros. Que los impuros como espíritus rebeldes vienen también; pero es a apartar al hombre del bien hundiéndose en el mal».

¿No se encuentra en varios pasajes de las Escrituras evidenciada la veracidad de esta otra revelación?

¿No vemos en ellos como Dios permitió diversas veces que, hasta los escogidos, hasta los más amados suyos, fuesen inquietados de espíritus impuros y rebeldes?

¿Al mismo Jesús no le ocurrió también?

Examinemos, veamos lo que dice San Mateo en el Evangelio: «Entonces Jesús fue llevado al desierto por el espíritu, para ser tentado del diablo».

En vista de tal aserto mal podrán cerrarse nuestros ojos a la luz, nuestros oídos a la voz de la verdad.

Con esto se explica además suficientemente lo extraño que nos era ver a algunos espíritus expresarse con fluidez, con energía, con pensamientos admirables, sublimes, y de los cuales brota a torrentes una verdad luminosa, una moral intachable, unos principios religiosos, que concuerdan y nacen del mismo Dios. En tanto, otros marcan apenas algunas frases; y otros que lo hacen más correctamente, es tan solo para dictar preceptos punibles, doctrinas oscuras y perniciosas para la sana filosofía.

Esto lo vemos corroborado con lo que nos manifiesta en otros puntos. «No basta, dice, que el espíritu o partes integrales se encuentren. No basta tampoco, pues lo acredita la experiencia, que se hallen aquellas en estado puro para mostrar su lucidez, no. Es además

indispensable que la parte integral del espíritu, que existe o anida en la materia, sea tan pura como las otras, sin que, en sus vidas anteriores, ni en la presente, pese más el mal que el bien». Solo de tal manera puede la esencia y las partes entrar en perfecta armonía.

De lo expresado se desprende que el feliz en quien pesase más el bien que el mal y reciba la luz, será iluminado. Al contrario, el que estuviere impuro; pues si ve la luz, será de tinieblas.

¡Admiremos cómo confirma el Evangelio estas palabras!

He aquí las del Señor:

«En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos. Ninguno enciende una antorcha y la pone en un escondrijo, ni debajo de un medio celemín; sino sobre el candelero, para que los que entran vean la luz. La antorcha de tu cuerpo es tu ojo. Si tu ojo fuese sencillo, todo tu cuerpo estará iluminado; pero si fuese perverso, también tu cuerpo será tenebroso. Mira, pues, no sea acaso que la luz que está en ti sea tinieblas. Si tu cuerpo, pues, fuere todo iluminado, sin tener parte alguna de tinieblas, todo él será luminoso y te iluminará como una antorcha resplandeciente».

DESTINO DE LOS ESPÍRITUS. SU MISIÓN.

Al tocar este punto no tiene límites nuestra admiración. ¡Cuánta dulzura! ¡Cuánta filosofía! ¡Cuánta inagotable bondad advertimos en Dios al leer los siguientes párrafos! Vosotros los que no creéis; vosotros, los que en nada tenéis fe, vosotros, los que ciegos de necio y vano orgullo, hacéis alarde de sujetar a vuestra débil y mezquina inteligencia, cuántos insondables arcanos esconde el cielo y la tierra; leed, pues, y admirad cuán irrisoria, cuán frágil es vuestra pretendida sabiduría.

«Los espíritus puros son destinados a la bienaventuranza, viviendo en el amor de Dios, y gozando la inefable felicidad de ver al Señor, de conocerle, de adorarle, de admirar su magnificencia, su bondad, su sapientísima justicia y rectitud, su dulcísimo, santo y ferviente amor, que embarga, conforta y electriza permaneciendo el espíritu en un caos de inmensa ventura de dichas sin fin.

»Y estos goces eternos, esta suprema felicidad la disfrutan ajenos a las míseras pasiones de este mundo; sin orgullo, sin ira, sin egoísmo, sin vanidad, sin mezquinos afectos terrenales.

»Los impuros, como en desgracia del Señor, le son rebeldes; por tanto, se hallan sumergidos en un espantoso caos de angustias; poseídos de todos los terrores, vicios e inmundas pasiones, que agitan y despedazan al hombre; más no son eternos, pueden tener fin.

»En el cielo no hay categorías. Los justos son todos iguales en el amor de Dios.

»Los impuros, unos lo son más que otros; así pues, unos están en situación más propicia para con el Señor que otros.

»Existen además varios espíritus puros que Dios formó para su gloria, como los serafines, ángeles, etc.».

¡Cuánta verdad, cuánta luz arrojan de sí los anteriores párrafos! En ellos brilla de un modo extraordinario la admirable sabiduría del Señor. Ellos atesoran en sí tantos puntos de contacto con las Sagradas Escrituras, que son incontrovertibles, pues ellas mismas los testifican.

Así pues, pasemos a otro punto.

Veamos primero lo que sobre la misión de los espíritus nos ha sido revelado.

«Hacer conocer al hombre la luz y la verdad; que es libre e igual a todos; pues, aunque haya categorías entre vosotros, que no deben existir, porque Dios quiso que los hombres fuesen iguales y libres, sin embargo, como está el mundo, para destruir estas categorías sería preciso aniquilarlo; más sepa el hombre, que el monarca y el mendigo recibieron igual soplo o destello, y por tanto iguales son».

Al repasar el anterior periodo, ¿qué alma, por muy viciada, por abyecta, por sumida que esté en el más profundo oscurantismo, no se eleva de entre aquel inmundicio? Y levantando arrogante la cabeza, clava en el espacio su mirada inteligente, en la cual brilla instantánea una chispa eléctrica de luz al reconocerse, admirando la sublime, la poderosa, la imperecedera verdad; al saber, al penetrar, en fin, lo que es, lo que vale, para lo que fue creado. Desde ese momento su espíritu se ilumina; nuevas ideas, nuevos pensamientos surgen en su imaginación; comprende la alteza, la dignidad de su origen, y enderezando su torcida y errada planta a la senda que le marca Dios, entra en ella con el corazón tranquilo sobre su porvenir. Satisfecho, porque sabe que si obra bien será salvado. Sin ira, sin orgullo, sin ambición ni

envidia, porque sabe que todos los hombres son iguales a él; que no valen más que él; que fueron creados y nacieron lo mismo que él; que le animó el mismo soplo o destello que a los demás. Que es libre «como las aves que cruzan el inmenso cielo», que ningún otro puede atreverse a marcar en su frente la señal de la esclavitud; pues Dios al crear a los hombres los hace libres e iguales, no prefiere a ninguno, no hace superior a ninguno sobre otro. Esa preferencia, esa superioridad se las granjea después el hombre mismo para con Dios, con sus buenas o malas acciones.

Penetrado perfectamente el hombre de su dignidad, de lo que vale para sí mismo, purificará en el crisol de la luz y la verdad sus licenciosas costumbres, su escarnecida moral, los abusos introducidos en la religión del crucificado; las faltas de método, de orden, de armonía, que adulteran, obstruyen, imposibilitan una marcha regularizada en los sistemas que le gobiernan.

No se crea por esto que pretendemos, que es nuestra idea establecer, plantear, o dar cima a una regeneración destructora, echando por tierra las altas dignidades que elevó el hombre para ser regido, no.

Nos atenemos exactamente a lo que nos ha sido revelado.

Esas categorías alzadas sobre nosotros mismos «no debieran existir, pues Dios formó a los hombres libres e iguales», y es necesario, imprescindible el respetarlas, pues «como está el mundo, para destruirlas, sería preciso aniquilarle».

Queremos, sí, la completa regeneración del hombre por medio de la luz y la verdad que nos ilumina; pero la queremos dentro del mismo círculo que se nos marca, respetando lo que ya es imposible destruir, aunque como todas las cosas susceptibles de modificar.

Queremos, en fin, demostrar a todos los hombres «que son libres e iguales, y que sepan conocer y apreciar en su debido valor la noble dignidad del soplo o destello que los anima».

«Todos los hombres son libres, no hay esclavos».

Con esto queremos también hacer ver al hombre que la fortuna coloca en alto puesto, al que se halla rodeado de dignidades y honores, al que sentado en su poltrona gira, dispone sobre cuantiosas sumas, que todos estos bienes temporales son ficticios, transitorios, perecederos; que nada significan, que nada valen, que de nada sirven para con Dios. Que no se enorgullezcan, por tanto, que no se cieguen de loca vanidad, que no lleven hasta el escepticismo su blasfemia e impiedad,

negándolo todo, desconociéndolo todo, abjurando de todo lo más santo. Que no vejen, no tiranicen, no menosprecien a los otros hombres, a quiénes, en su insensato delirio, se creen superiores.

Que se penetren de esta gran verdad, que comprendan perfectamente los que son ensalzados en la tierra, que el mendigo más mísero, que cubierto de harapos les pide limosna, a la puerta de una iglesia, y al cual miran con befa, con insultante altivez, ha recibido del Hacedor Supremo la misma inteligencia, el mismo Ser, el mismo soplo o destello que a él le anima. Que, por tanto, es igual a él, que no vale más que él, y que quizá sea más agradable que él a los ojos del Señor; porque exento de envidia y vanidad será más humilde, tendrá más fe, y se salvará.

El Señor lo dijo:

«Todo hombre que se ensalce será humillado, el que se humille será ensalzado».

Así, pues, poderosos de la tierra, no despreciéis al mendigo, a quien Dios animó con el mismo soplo o destello que a vosotros.

En vista de estas ideas sublimes, basadas en la eterna sabiduría del Omnipotente, en vista de todo lo expresado anteriormente, creemos, estamos persuadidos en lo más íntimo que:

«Negras nubes, espesísimas tinieblas se amontonarán sobre el horizonte. La hidra ponzoñosa del fanatismo e incredulidad extenderá por el inmenso espacio del globo terrestre sus siete formidables cabezas».

«Pero ¿qué importa si tenemos fe y constancia, humildad y ánimo fuerte?»

¿Qué importa, si, como en la parábola, nuestra escuela se difundirá rápidamente por el mundo, y aunque el cruel azote del fanatismo y la incredulidad se alce sobre nosotros como la alta espiga, caerá al fin herido de la luz y la verdad?

¡Entonces nuestras doctrinas brillarán más verdes y lozanas que nunca!

DOCTRINA. MORAL Y FILOSOFÍA.

Esta concuerda en un todo con la de Jesús.
¡Qué evangélicas, qué santas máximas nos propone!

«Amaos, llamaos solamente hermanos.

»Tened fe y humildad.

»Tened mansedumbre.

»No deis cabida a la ira, que es la ponzoña de las almas.

»Respetaos mutuamente, sed cautos, prudentes y amaos en fin, como se amaban los hermanos Macabeos».

¿Quién osará levantar su dedo para tildar preceptos tan sublimes?

De ellos y otros muchos, se desprende una virtud saludable, una luz, una verdad consoladora, olvidada ya,

desconocida e ignorada completamente de los hombres, y solo puesta en práctica y predicada por Jesucristo en su Santo Evangelio.

Preceptos sublimes, admirable virtud, que el hombre en su vana e irrisoria sabiduría ha metamorfoseado ridículamente, con su necio y loco empeño de saberlo todo, de adivinarlo todo. ¡De prever, y hasta de enseñar, lo que no sabe, lo que no puede adivinar, lo que no puede prever, lo que no podrá nunca enseñar!

Si todo lo que llevamos dicho no demostrase hasta la evidencia, clara y terminantemente, la indestructible verdad de este prodigioso fenómeno bastaría esta parte por sí sola para convencer al más incrédulo, al más furibundo atea.

Mas ¡ay!, quizá nos equivocamos.

Infatuado neciamente el hombre con su mísera ciencia, no quiere, desdeña casi siempre el ver, aunque la luz se le demuestre *viva y radiante* ante sus ojos. No quiere oír, aunque cerca de sus oídos le grite con grandes voces la verdad.

¡Mezquina humanidad! ¡Siempre, siempre fuiste lo mismo! ¡Fementida escoria! ¡Vaso lleno de torpe heidiondez! ¿Cuándo humillarás la altiva frente a Dios, reconociendo que solo en él se cifra cuanta ventura

existe, y que solo por él alcanzarás la eterna felicidad? Única que no está sujeta a mudanzas, que no es imperecedera, y en la cual el corazón duerme tranquilo, sin dolor, sin odios, sin punibles afecciones.

¿Cuándo volveréis del largo paroxismo en que os tiene adormecidos vuestra ceguedad funesta?

¿Pasarán desapercibidas ante vuestra vista, cual humo leve, las saludables máximas, los dulces y exactos principios, que veis en estas líneas consignados?

Por escéptica que sea vuestra alma, ¿no quedará alguna cuerda sensible en ella, que al ser herida resuene en lo más escondido con fuerte acento?

¿Tan adheridos os hallareis a la materia, que ésta, ocupando vuestra inteligencia toda, no dejará resquicio alguno por donde penetre la luz y la verdad a vuestro espíritu, e iluminándole, reconozca su obcecada insensatez, y luche, y venza a la materia impura, entrando al fin en una nueva era de regeneración?

¡Quién sabe!

Entretanto, nosotros, con la convicción profunda de todo aquel que se halla penetrado de una poderosa verdad, os demostramos estos hechos. Hechos, que arrojan de sí tan relevante doctrina, tan dulce moral y sana

filosofía, que no es posible dude el hombre pensador en vista de ellos.

¡Ved cuán suave bálsamo derraman en el corazón las máximas que siguen!

«Si alguno de vosotros se viere enfermo, debéis curarle.

»Si se viere hambriento, dadle de comer.

»Si se viere indigente, dadle lo vuestro.

»Si se viere desnudo, vestidle.

»Si se viere perseguido, ocultadle y dadle amparo.

»Si se viere en peligro de muerte, sacrificad vuestras haciendas, vuestras vidas por salvarle».

Y en otra parte:

«No conocéis a Dios, y no conocerle es ignorar la felicidad».

«Dios es tan sabio, tan grande de amor y de bondad, que en él solo se cifra cuanta ventura existe».

«Fe es creer sin pruebas».

«Humildad es la mansedumbre, el desprendimiento de las cosas terrenales; la franca generosidad para el prójimo».

La felicidad se alcanza en el mundo:

«Con fe y humildad, y sin egoísmo para sus hermanos».

Sabios filósofos que, desde Platón y Porfirio, Celso y Pitágoras, hasta los científicos eruditos de nuestros días, habéis, vanos e ilusos, han dado al hombre preceptos, leyes y dogmas desconocidos; torpes e impracticables sistemas, que vuestro orgullo vano os presentaba como los más aceptos para regir el mundo. Si os fuese dable repasar las anteriores líneas, y meditando sobre ellas estudiarlas, ¿cuánta no sería la sorpresa que os invadiera el alma, al comparar la mistificación heterogénea que resulta de vuestras discordantes doctrinas, y la moral evangélica y sólida filosofía que de los ya citados párrafos se deduce?

Todo en ello respira pureza, mansedumbre, humildad y fe. Todo en ello habla al corazón conmoviendo sus delicadas fibras.

¡En tan cortas palabras, cuánto de grande y de sublime se encierra a los ojos del hombre pensador! ¡Del hombre que siente germinar en su alma la luz y la verdad!

Esta se nos muestra radiante y pura.

Esta existe por más que los utopistas, estoicos, y pretendidos sabios de nuestro siglo pretendan apagar su viva llama.

Esta se alzará al fin triunfante, universal, indestructible, *¡pues está escrito!*

«¿Veis como al ponerse el sol tras la rojiza montaña, se debilitan sus rayos y llegan a perderse en las densas tinieblas de la noche? Así mismo vuestros incrédulos y fanáticos enemigos se debilitarán y llegarán a perderse totalmente; mas no en las densas tinieblas, sino entre los vivos y ardientes rayos de la luz y la verdad».

¡Admirable verdad que dejamos consignada en todas las páginas de este opúsculo!

Verdad tan sólida y exacta, que no da lugar a la duda, ni admite controversia.

Prueben entonces los sistemáticos utopistas, de cualquier matiz que fueren, a socavar, a destruir el gigantesco edificio que, sobre hechos, datos y citas tan incontestables, se levanta decidido y fuerte.

JOTINO

TERCERA PARTE

TENDENCIAS GENERALES DE NUESTRAS DOCTRINAS

Hemos dicho que los espíritus puros traen una misma misión, cuyas doctrinas son las de la moral más pura.

Digamos algo sobre las tendencias generales de esas doctrinas.

Tal como se halla la sociedad actual, sería preciso destruirla para formar otra que descansase en una base más sólida, más en armonía con las leyes eternas de la creación; pero Dios no quiere destruir su obra más perfecta. Su amor al hombre es tanto, a pesar de sus ingratitudes que, en vez de aniquilarle, procura por otros medios advertirle que vuelva atrás en su carrera de desorden. Quiere que su alma se vivifique al contacto de la luz del espíritu, entrando en el camino de regeneración.

Todas las aspiraciones del hombre están hoy reducidas siempre a satisfacer su ambición de un bienestar imperecedero, de una felicidad ficticia, sin acordarse de

que al mismo tiempo debe buscarse el bienestar futuro de su alma que será eterna.

Esto nace de que pensamos más en el cuerpo que en el alma; de que no tenemos una idea de nuestro origen espiritual; de que no conocemos, en una palabra, a Dios y de que por no conocerle ignoramos la felicidad.

Descansando las doctrinas del espiritualismo sobre ancha base del cristianismo, cuando el hombre deponga sus errores volviendo al sendero que aquel ha señalado, su regeneración será más fácil por este medio, más lógica, más conforme con los preceptos del Altísimo, que por la que antiguos y modernos utopistas han querido propagar contando exclusivamente con su voluntad.

El momento de una transformación completa se acerca sin duda; pero ese momento es menester aprovecharlo dignamente para que produzca el resultado a que debe aspirar la humanidad entera.

Lo que nosotros llamamos civilización no es un signo de ventura completa para el hombre. La civilización por sí sola no puede crear lo que el hombre no está dispuesto a conceder, en su pertinaz y loco empeño de hacerse esclavo de errores y preocupaciones que, sin quizás advertirlo, le conducen al mal.

Las doctrinas del espiritualismo puro, por el contrario, tienden a regenerarle, a hacerle conceder cuál es su verdadera misión en la tierra, y cual su futuro destino del que tanto se ha alejado y al que procura acercarle el espíritu del bien.

La regeneración del hombre y para el hombre fundada en los preceptos que Dios le impuso y que él ha mirado con indiferencia; he aquí la obra más sublime, más grande y trascendental que puede esperarse en nuestro siglo.

Todo cuanto el hombre se ha separado de esa senda ha sido un paso más hacia su degeneración y su ruina.

Su misión en la tierra ha sido falseada por él, de ahí los abusos que ha introducido en todo cuanto le rodea.

La religión ha falseado los santos fines a que eternamente ha sido encaminada, y hasta los filósofos modernos de una escuela impía han puesto en duda la existencia del que les dio el ser, del que animó su inteligencia, para que luego hiciesen un uso perverso de ese don preciosísimo.

En las costumbres, la virtud ha sido hallada, la caridad escarnecida; el pudor ha visto desgarrado su purísimo manto, y el cinismo más desenfrenado ha

ahuyentado todos los sentimientos puros y delicados del alma.

En los sistemas de gobierno, las revoluciones han erigido en voluntad general por la fuerza, ya unas ya otras ideas, sin resultado beneficioso jamás. De aquí el afán de cada hombre por gobernar a su antojo la sociedad humana; de aquí los diferentes sistemas de los socialistas que, comenzando moderadamente por Owen y Saint-Simon, vinieron a parar las utopías de Fourier, y de éste, descendiendo rápidamente la pendiente más espantosa, hasta llegar a las impías doctrinas de Proudhon y de sus discípulos.

¡Oh, no es posible que Dios permita que la sociedad humana continúe marchando por la senda en que va arrastrada por los desaciertos de los hombres!

Al lado de esos deslumbrantes monumentos que la ciencia, inspirada por Dios levanta. Al lado de esos descubrimientos maravillosos, increíbles en otros tiempos, ¿qué se ve?

El refinamiento de todas las miserias, todos los errores, todos los vicios y pasiones que han afligido a los hombres en las pasadas edades. De aquí las utopías inconcebibles, las herejías, los crímenes más espantosos, el pauperismo inextinguible, las epidemias asoladoras.

¿Y es posible que el hombre permanezca impasible, sin que su razón se ilumine y se detenga ante ese cataclismo que amenaza devorarlo?

Las doctrinas del espiritualismo puro son las únicas que pueden arrancarle de él. Ellas han venido providencialmente a advertirle el camino más próximo para su bienestar terreno y su felicidad espiritual.

Nunca es tarde para el hombre que abjura de sus extravíos. No olvidemos las palabras del Señor:

«Y cuando el impío se apartare de su impiedad, e hiere juicio y justicia, él mismo vivificará su alma».

DIFERENCIA DE DOCTRINAS

i Que diferencia entre las doctrinas que hemos expuesto, y las que pretenden establecer en el mundo un sistema irrealizable, valiéndose del espiritualismo!

¡En las unas todo amor, todo fe, todo caridad; en las otras todo egoísmo, todo pasión, todo mentira!

Entre el tropel de socialistas que, desde la antigüedad hasta nuestros días, es decir, desde Platón hasta Proudhon, han escandalizado el mundo con sus teorías, se levanta en medio de esa larga familia de visionarios la figura de Fourier a principios del siglo actual. Este hombre, destinado sin duda a poner la primera piedra de un edificio sublime, se dejó llevar por la corriente de ideas viciosas, y despreció las que el espíritu del bien le dictaba.

Queriendo resolver el problema del destino social¹ «por una especie de revolución científica, dejó a un lado

¹ *Fourier*, por C. Seneuil. *Traité d'économie sociale*, por A. Ott.

toda autoridad tradicional, moral, religiosa y política; y pretendió que las acciones de los hombres obedeciesen a una ley única, constante y general, la *atracción pasional*».

«Señaló como principio que el objeto del hombre es la felicidad. ¿En qué consiste la felicidad? La verdadera felicidad consiste en satisfacer sus pasiones... La felicidad sobre la que tanto se ha discutido y razonado, consiste en tener muchas pasiones y muchos medios de satisfacerlas».

«El hombre debe, pues, según Fourier, seguir únicamente las atracciones que en sí mismo reconozca. Todos esos caprichos filosóficos, llamados deberes, no tienen ninguna relación con la naturaleza; el deber viene de los hombres, la atracción de Dios.

«Es menester estudiar la atracción, la naturaleza sola, sin ninguna elección de deber».

«Es decir, si en la sociedad actual cuando los hombres se abandonen a sus pasiones, resultan efectos subversivos y funestos, eso prueba únicamente que la sociedad está mal organizada».

Sobre esta extraña base forma Fourier todo su sistema, y cualquiera comprenderá sus tendencias sin necesidad de más explicaciones. La *asociación* de esas

pasiones, para contribuir al trabajo y al capital, es el fin de esta utopía.

Pues bien, las doctrinas que se desprenden de ese sistema son las que los discípulos de su inventor han querido y quieren propagar por el mundo, por cuantos medios les sea posible, como las únicas que pueden hacer la felicidad del hombre.

Para conseguirlo más rápidamente, han aplicado los resultados del fenómeno del espiritualismo a ese sistema que rechaza toda razón. Y al aplicarlos, siguiendo unas veces la *cosmogonía* del maestro, apartándose otras veces de ella, y aceptando como buenas y verdaderas *las absurdas revelaciones de espíritus impuros*, han dado al mundo espiritual, ya que al natural no pudieron, una organización *fabulosa*, contras las tradiciones cristianas, sin respetar nada de lo creado por la mano del Altísimo.

Que se sepa ya de una vez que ese mundo, que espíritus impuros han hecho ver a esas gentes, es una aberración más. *Nada de eso existe.*

La *mitad simpática* superior e inferior, las esferas *aromales*, la bisexualidad, la legión de luz, las cinco lunas que han hecho reemplazar a la que existe cuando la actual *se marche...* *Nada de eso existe.*

Las *misiones* diferentes de los espíritus que vienen a la tierra con un tiempo determinado, la *encarnación* de los espíritus, la putrefacción de la Luna, los hombres de 40 pies de estatura, y los caballos de 32 pies de alzada que habitan en el Sol... *Nada de eso existe.*

Las cuatro categorías de espíritus, Solares, Mercurianos, Terrestres, y del Zalor, los espíritus biniversos, triniversos, cuatriniversos, etc., los espíritus ángeles de guarda meritorios en solicitud de regencia astral... *Nada de eso existe.*

No, no es ese el mundo espiritual que Dios reveló al hombre.

Todo ello no es otra cosa que el resultado erróneo de un sistema más erróneo aún. Pues, ¿es posible que hombres serios y pensadores crean en esa extraordinaria organización contra todo lo escrito y lo revelado? ¿Es posible que se hagan la ilusión de creer que la misión de los espíritus no es otra cosa que la de instruir al hombre sobre una utopía irrealizable, para que la establezca en el mundo como el sistema único que puede contribuir a la regeneración del género humano?

No es esa la misión del espiritualismo, sino la que nosotros hemos demostrado de una manera incontestable.

No son esas las doctrinas que los *espíritus puros* vienen a comunicarnos, sino las que hemos probado.

Esas otras ideas extrañas son exclusivas de espíritus impuros, que quieren inocularlas en el corazón de los hombres fascinados por el brillo de las utopías, para apartarlos del buen camino.

Esas doctrinas no son puras porque se fundan en la impureza de un error.

Cuando un Dios de bondad ha enseñado al hombre las de amor y mansedumbre, de paz y caridad, es impío el que contra sus preceptos divinos se atreve a poner como la primera piedra de su edificio de regeneración, que *los siete pecados capitales son los más preciosos gajes de armonía* y pueden hacer la felicidad terrena y espiritual del hombre.

¡Hasta qué punto hemos degenerado! Entre el desconcierto fatal que atraviesa el mundo, entre la falta de creencias puras, entre el torbellino de pasiones insensatas, no basta al hombre hacer esclavo al hombre, siendo su igual, no basta intentar subordinar a su poder limitado la naturaleza, quiere, loco, imponer leyes al Altísimo, destruir sus obras y transformarlas a su antojo.

Apartad la vista de ese fango inmundo, los que tenéis aún el alma virgen no contaminada con los miasmas

impuros de un siglo descreído; buscad la luz y la verdad en vuestro mismo origen, reconoced la dignidad del soplo o destello que os anima, y vuestro espíritu no estará sumergido entre las negras sombras de una duda horrible que mata la fe, que es su alimento, el amor a Dios que es su fin.

Comparad ahora las doctrinas aquellas y las nuestras; ved si hay alguna diferencia, poned la mano sobre el corazón donde existe lo más santo, y si tenéis un átomo de fe contestadnos sin rubor.

ADEMAR

CUARTA PARTE

REFLEXIONES SOBRE LOS PRINCIPIOS Y BASES DE ESTA DOCTRINA

Hemos concluido nuestra importante tarea. Nos resta solamente reanudar con mayor fuerza en esta cuarta parte cuanto dejamos sentado en las que preceden.

Es innegable, pues la razón más oscura lo comprende así, que el Hacedor Supremo al formar al hombre, no fue para que padeciese víctima de su natural inercia. No fue para que, juguete de cien diversas pasiones, a cual más abominables, arrastrase una vida execrada y de angustia, de prostitución y vicio, sufriendo mil penalidades sin creencias, sin afecciones, sin fe, llevando en su corazón la incesante lucha de opuestos sentimientos, que agostan su sensibilidad, y le dejan seco, árido, muerto en vida.

Tampoco Dios creó al hombre para que fuese juguete de la ambición, de la tiranía, del depravado cinismo de los otros hombres. No, *Dios quiso que fuese*

independiente, libre y feliz, es él quien se hace esclavo y desgraciado, es él mismo el que forja las cadenas en las que inadvertido caerá después. Siendo él igual a todos los demás hombres, ha elevado a otros sobre sí. Él mismo hizo y hace del honor, de la virtud una mercadería infame, un agio, un monopolio que espanta a las almas puras.

¿Para qué referir nuestras miserias, si está por demás probado, que siendo Dios receptáculo sublime de la eterna sabiduría y rectitud, y formando al hombre a la imagen y semejanza de su espíritu, está también probado que le animaría con el reflejo de sus celestiales prendas?

El hombre es el que ha corrompido y viciado hasta lo infinito el noble origen de que dimanaba, sustituyendo, metamorfoseando con una parodia ridícula e infame el egoísmo con la virtud, el honor con la vanidad. Pues logrando su ambición, si satisface cumplidamente sus deseos, su lujuria, sus caprichos, si realiza su sed de mando y de dominio; si alcanza por último algunos míseros puñados de oro, venderá cuanta fe, cuanta creencia e ilusiones tenga en sí, y patria, familia, amistad, amores, dulces efectos que el corazón abraza, todo lo sacrifica, todo lo olvida, de todo se desprende y hasta vendería su alma si le fuese dado. Y esto lo hace con el escepticismo

más estoico, con el cinismo más refinado e inverecundo, sin remordimiento, sin pesar, tranquilo al parecer.

A pasos tan agigantados han caminado los hombres por la senda del vicio y la prostitución, que ya no es posible subsista entre ellos la necesaria armonía, la relación directa que en todas las cosas existe.

Roto en mil pedazos el equilibrio moral, el religioso, el político, presenciará el mundo un espantoso cataclismo, si una *regeneración* salvadora, rodeada de luz y verdad, no detiene al hombre al borde del precipicio en que ciego e insensato, corre a sepultarse.

Dios, con su sabiduría admirable, y valiéndose al efecto de un medio sencillo y natural, conocido del hombre desde los más remotos tiempos, y familiarizado por tanto con él, sin valerse de grandes aparatos que sorprendan los sentidos, que atemoricen el alma, nos manifiesta, cual luminoso faro de salvación, la ansiada antorcha de la luz, que despejando nuestra torpe y débil inteligencia de las espesas sombras en que yacía envuelta, nos salve al fin regenerándonos, y vivificando nuestro espíritu.

Al ver las pasadas líneas estamos firmemente persuadidos que asomará cierta sonrisa de desdén e incredulidad, y quizás de conmiseración, en los labios de

algunos modernos filósofos; de algunos de esos hombres que se apellidan sabios porque ellos mismos dicen que lo son; de esos hombres que, embebidos en su saber infuso, se dan a sí mismos y a los demás, razón de todo. Porque ¿cómo es posible que existan arcanos en la tierra que escapen a su profunda ciencia, que no explique satisfactoriamente su magna erudición?

¡Mezquina vanidad humana!

Algún día herirá la luz vuestro corazón, y conoceréis con pesar, vuestro funesto y obcecado error.

Entretanto nosotros, sin estar fanatizados, y como hombres sensatos y de probidad, os anunciamos la verdad sublime que de todo lo dicho se desprende.

Verdad, que en ningún concepto puede ser rebatida ni humillada con sana razón, con lógica, ni con pruebas que asienten lo contrario, pues hallándose fundada sobre cimientos tan firmes, sobre principios tan filosóficos y exactos, y confirmada después con citas de tanta autoridad, la hacen invencible, poderosa.

Cuanto decimos en la primera parte de este opúsculo, es dable a todos verlo, examinarlo, y probarlo por ellos mismos.

Ahora bien, hechos que todos pueden inquirir viendo su veracidad, no pueden en modo alguno ser combatidos.

En la segunda parte se tocan materias más arduas, más todas ellas son sabias, exactas, y dimanar del Señor, pues las vemos selladas con sus palabras.

Y esto de tal manera y en grado tal, que si preciso fuese os mostraríamos cada punto, cada pensamiento, cada palabra, en fin, por insignificante y leve que sea, confirmada auténticamente con textos extractados de las Santas Escrituras.

Así pues, principios, doctrina que autoridades tan poderosas testifican, son también incontrovertibles.

Por tanto, la luz que de tan sólidas verdades se derrama, será imperecedera mientras existan los hombres y la tierra que les sustenta.

Las tendencias generales de la doctrina, explicadas después en la siguiente parte, y estas mismas tendencias puestas en paralelo con los sistemas discordantes e irrealizables de algunos menguados utopistas, que han querido a su manera organizar el mundo, patentizan claramente la superior elevación de la una, y lo mediocre de las otras. Siendo fácil a todos convencerse de este aserto, si repasando las obras que de algunos tratan, y

simplificando su resultado con detenido y maduro examen, cotejan aquellos falsos principios, con los sólidos nuestros que parten del mismo Dios. Que se hallan fundados en el cristianismo puro y sencillo de los primeros tiempos. De aquellos tiempos en que Plinio el Menor escribía al emperador Trajano sobre las costumbres de los que seguían la evangélica escuela de Jesús. «Ellos fueron justificados, pero no fueron eximidos del capital suplicio; porque aún necesitaban de esta última mano para perfeccionar en ellos la imagen de Jesucristo, y debían, como él, ir a la Cruz con una declaración pública de su acrisolada inocencia».

La fe, la humildad de estos primeros cristianos, es una de las principales bases en que descansa nuestra doctrina.

Síganla los hombres que tengan creencia manse-dumbre.

Los hombres libres e independientes.

Acójanse a ellas los que piensan, los que sienten germinar en su cerebro pensamientos nobles y volcánicos. Los que comprenden la dignidad del soplo que los anima, y que les ha dado inteligencia y raciocinio.

Dejemos que se mofen, enhorabuena, que se burlen con sarcástico desprecio esos incrédulos ateístas que en

nada creen, que de todo dudan, y que a semejanza de Celso y Porfirio sustentan como gran verdad:

«Que no hay más que un Dios, es cierto; pero es tan grande que no se mezcla en las cosas pequeñas; que contento con haber hecho el cielo y los astros no se había dignado poner la mano en este mundo inferior, el cual había dejado formar a sus subalternos; y el hombre aunque nacido para conocerle, no era por su naturaleza mortal, obra digna de sus manos; que era asimismo inaccesible a nuestra naturaleza; habitaba una región muy elevada para nosotros; los espíritus celestiales, que nos habían hecho, nos servían de mediadores para con él; y esto es lo que precisaba para adorarles».

Estos delirios de las escuelas de Platón y Pitágoras, que apoyan muchos modernos, y en los cuales buscaron Celso y Porfirio nuevas armas para combatir a los primeros cristianos, no necesitan refutarse; ellos mismos muestran al hombre sensato el ningún valor que tienen.

Porque es preciso desengañarse, es preciso que se abran nuestros ojos a la luz, nuestros oídos a la verdad, y que reconozcamos y confesemos que: «No hay más que un Dios». Que en las cosas más leves se nos muestra, que en todo está. En conocerle estriba la verdadera felicidad.

LUZ Y VERDAD DEL ESPIRITUALISMO

Porque él solo es grande, omnipotente y sabio.

Él es el principio y fin, de cuanto nace y muere.

Él es foco de virtudes y ciencia.

Él a su voluntad encadena al viento, y sujeta al rayo.

Él detiene las encrespadas olas que amenazan sumergir toda la tierra.

Él nos ve, nos escucha. Él penetra los pensamientos más recónditos del pecho.

Su presencia inmortal llena el espacio, en todas partes está, en cualquier paraje o lugar le advierte el hombre.

En la noche serena y silenciosa, en la borrasca que con fuerza muge, en el desierto arenal, en la pradera, en medio del océano tormentoso, en la recia batalla, en el sarao, en el palacio del altivo mandarín, en la barraca del intonso pescador.

¡Él con su mirada universal todo lo abarca!

¡Él dirige el curso del Sol!

¡Él solo guía la frágil nave por inmensos piélagos!

Él hace crecer la hierba, madurar los frutos.

Él reviste los campos de verdura. Él los esmalta después de bellas flores que, al abrir sus cándidos capullos, esparcen el delicado perfume que él les diera.

Él abrasa un polo, mientras huela el otro.

Él inspira a las pintadas aves su armonioso y dulcísimo cantar.

Él lanza las llamas del encendido cráter.

Él presta su fuego al Sol que nos vivifica.

Él con pardas nubes oculta su pura luz.

Él a millones de seres anima con su hálito.

¡Él es el solo Dios! ¡Él es el magnánimo! ¡Él sabio! ¡Él grande!

¡La naturaleza toda a una voz le aclama!

¿Será tanta la impiedad del hombre que osado y ciego le desconozca aún?

Los filósofos platónicos, los estoicos, los pretendidos sabios del moderno mundo, los incrédulos utopistas, los ateos, todos, en fin, venid, admirar tan sublimes maravillas. Ved los portentos con que Dios se os muestra, y después veamos si tenéis alientos para negar, ilusos, la existencia de un Dios bueno.

LUZ Y VERDAD DEL ESPIRITUALISMO

¡De un Dios que quiso fuésemos independientes, libres y felices!

¡De un Dios que, a pesar de nuestra inaudita rebeldía, nos ha amado, nos ama, nos amará siempre, hasta la consumación de los siglos!

JOTINO

CONCLUSIÓN

No tenemos por ahora más que decir. Si después de los datos y observaciones que hemos presentado, hay todavía quien nos tenga por ilusos; si después de los razonamientos que han leído, fundados no en cálculos y probabilidades humanas, sino en revelaciones y autoridades incontestables, hay todavía quien no se pare a pensar un instante; nos convenceremos una vez más de que no existe ya un átomo de fe en nuestro siglo, que el pensamiento está muerto para los prodigios que la naturaleza ofrece, que los hombres, en fin, desconocen completamente el ser que los anima.

¡Reíd si queréis, racionalistas fanáticos, reíd cuanto os plazca, hombres científicos, que no sabéis salir del estrecho círculo a que os han reducido vuestros estudios académicos y universitarios!

Para vosotros nada puede producir de grande y maravilloso la naturaleza, sin vuestra intervención.

Orgullosos con vuestro saber queréis encadenar a vuestro frágil carro los insondables arcanos del Altísimo.

Burlaos todos haciendo creer a inteligencias limitadas que somos visionarios. Vuestra mofa sarcástica no nos hará desmayar. Las carcajadas no son razones; son la contestación única que se puede dar a una cosa que parece ridícula porque se ignora.

¡Oh! ¡La burla es un arma cruel en el siglo descreído que vivimos!

Ella ha matado al nacer las concepciones más hermosas del ingenio.

Ella ha matado las creencias vírgenes de corazones buenos.

Ella ha destruido la tranquilidad y el honor de las familias.

¡Ella ha atentado contra todo lo más santo!

Si hoy, según algunos, estamos quizá destinados a sufrir las burlas, tenemos ánimo fuerte para rechazarlas; burlaos, pero oíd al espíritu.

«La tierra abandonada por el cultivo y refrigerada después de abundantes lluvias, producirá verdes y lozanas espigas de trigo, más también criará entre ellas mucha cizaña y hojarasca.

CONCLUSIÓN

»Sed vosotros las espigas verdes y lozanas, y no temáis por la cizaña y hojarasca, aunque se levante muy espesa.

»El verdor y lozanía de vuestras espigas la agostarán al fin».

No tardará mucho que algunos fanáticos vean más claro. Su espíritu se iluminará con la luz de la verdad, y vendrán todos a ser adeptos de una escuela cuyas tendencias regeneradoras son las más puras.

Entonces esas burlas no nos darán lástima como ahora. Entonces comprenderán de donde viene y a dónde va la luz y la verdad, que no han encontrado los hombres de saber en sus largas y a veces estériles elucubraciones.

JOTINO Y ADEMAR

Febrero de 1857

Anexo 1

EL ESPIRITISMO EN CÁDIZ EN 1853 Y 1868¹

A menudo hemos dicho que el Espiritismo tiene muchos seguidores en España, lo que demuestra que la comprensión de ideas no impide que se produzcan. Sabíamos desde hacía mucho tiempo que Cádiz era la sede de un importante centro espiritista. Uno de los miembros de esta Sociedad, que vino a París el año pasado, nos dio detalles pormenorizados de gran interés, que luego nos recordó en su correspondencia. Solo la

¹ Allan Kardec, *Revista Espírita*, abril de 1868.

abundancia de material nos ha impedido publicarlos antes.

Los espiritistas de Cádiz reivindican para su ciudad el honor de ser uno de los primeros, si no el primero en Europa, en tener una reunión espiritista constituida, y recibir comunicaciones periódicas de los espíritus, por la escritura y la tiptología, sobre moral y filosofía Esta afirmación está, de hecho, justificada por la publicación de un libro impreso en español, en Cádiz, en 1854. Contiene un prefacio explicativo sobre el descubrimiento de las mesas parlantes y cómo usarlas; después las respuestas a las preguntas formuladas a los espíritus en una serie de sesiones celebradas en 1853. El proceso consistió en el uso de un velador de tres patas y un alfabeto dividido en tres series, cada una correspondiente a una de las patas de la mesa. Sin duda, las respuestas son muy elementales en comparación con lo que se obtiene hoy, y no todas tienen una precisión irreprochable, pero en su mayor parte son compatibles con la enseñanza actual. Citaremos solo algunas de ellas, para mostrar que en un momento en que, de hecho, en casi todas partes, no se ocupaban de las mesas parlantes sino como un objeto de distracción, en Cádiz ya se utilizaba el fenómeno para instrucciones serias.

8 de noviembre de 1853

— ¿Hay presente un Espíritu aquí?

— Sí.

— ¿Cómo te llamas?

— Ege.

— ¿En qué parte del mundo vivías?

— En América del Norte.

— ¿Eras hombre o mujer?

— Mujer.

— ¿Nos dices tu nombre en inglés?

— Akka.

— ¿Cómo traducirías *bello* en inglés?

— Fine.

— ¿Por qué viniste aquí?

— Para hacer el bien.

— ¿A ti o a nosotros?

— A todos.

— Entonces, ¿puedes darnos ese bien?

— Puedo; todo está en el trabajo.

LUZ Y VERDAD DEL ESPIRITUALISMO

— ¿Cómo lograremos el bien?

— Emancipando a la mujer; todo depende de ella.

11 de noviembre

El Espíritu Ege

— ¿Hay otra forma de comunicarse con los espíritus?

— Sí, por el pensamiento.

— ¿De qué manera?

— Lee en el tuyo.

— ¿Y cómo podríamos entender el pensamiento de los espíritus?

— Por la concentración.

— ¿Hay alguna manera de lograrlo fácilmente?

— Sí, la felicidad.

— ¿Cómo se obtiene la felicidad?

— Amándose los unos a los otros.

25 de noviembre

Anna Ruiz

— ¿A dónde va nuestra alma cuando se separa del cuerpo?

— Ella no deja la tierra.

— ¿Te refieres al cuerpo?

— No, al alma.

— ¿Tienes los mismos placeres en la otra vida que en esta?

— Los mismos y mejores: trabajamos en todo el universo.

26 de noviembre

Odiuz

— ¿Los espíritus tienen forma?

— Sí.

— ¿Cuál?

— La forma humana. Hay dos cuerpos: uno material, otro de luz.

— ¿El cuerpo de luz es el Espíritu?

— No, es una agregación de éter. Los fluidos ligeros forman el cuerpo de luz.

— ¿Qué es un espíritu?

— Un hombre en un estado de esencia.

— ¿Cuál es su destino?

— Organizar el movimiento material cósmico; cooperar con Dios al orden y las leyes de los mundos en el universo.

30 de noviembre

Un Espíritu espontáneamente

El orden distribuye las armonías. Esta ley te dice que cada globo del sistema solar está habitado por una Humanidad como la tuya. Cada miembro de esta humanidad es un ser completo en el rango que ocupa. Tiene cabeza, tronco y extremidades. Cada uno tiene su destino marcado, colectivo o terrestre, visible o invisible. El sol, como los planetas y sus satélites, tiene sus habitantes con un destino complejo. Cada una de las Humanidades que pueblan estos diversos globos tiene su doble existencia, visible e invisible, y una palabra espiritual apropiada para cada uno de estos estados.

1 de diciembre

Odiuz

Leer a Juan y tendréis el significado de la palabra *verbo*. Sabréis cuál es el verbo de la humanidad solar; cada humanidad tiene su Providencia, su hombre-Dios; la luz del hombre-Dios solar es la providencia antropomórfica de todos los globos del sistema solar.

8 de diciembre

— ¿Existe analogía entre la luz material y la luz espiritual?

— El sol brilla, los planetas reflejan su luz. La inteligencia solar ilumina las inteligencias planetarias, y estas las de sus satélites. La luz inteligente emana del cerebro de la humanidad solar, que es la chispa inteligente, como el sol es la chispa material de todos los astros. También existe una analogía en el modo de expansión de la luz inteligente en cada Humanidad que la recibe del foco principal para transmitirla a sus miembros.

Existe una unidad de sistema entre el mundo material y el mundo espiritual.

Tenemos la naturaleza que refleja las leyes que precedieron a la creación. Luego viene el espíritu humano

que analiza la Naturaleza para descubrir estas leyes, interpretarlas y comprenderlas. Este análisis es a la luz espiritual lo que la refracción es a la luz física, porque toda la humanidad forma un prisma intelectual, en el cual la luz divina única se refracta de mil maneras diferentes.

4 de enero de 1854

— ¿Por qué los espíritus no siempre acuden a nuestra llamada?

— Porque están muy ocupados.

— ¿Por qué algunos de los Espíritus que hasta ahora se han presentado han respondido con acertijos o absurdos?

— Porque eran Espíritus ignorantes o ligeros.

— ¿Cómo distinguirlos de los espíritus serios?

— Por sus respuestas.

— ¿Pueden los espíritus hacerse visibles?

— Algunas veces.

— ¿En qué casos?

— Cuando se trata de humillar el fanatismo.

— ¿De qué manera se presentó el Espíritu ante el arzobispo de París?

— Forma humana.

— ¿Cuál es la verdadera religión?

— Amaos los unos a los otros.

El siguiente extracto de una carta de nuestro corresponsal, fechada el 17 de octubre de 1867, dará una idea del espíritu que preside la actual *Sociedad Espírita de Cádiz*:

«Durante once años hemos estado en comunicación con los espíritus de la vida superior, y en este espacio de tiempo, nos han dado revelaciones importantes sobre la moral, la vida espiritual y otros asuntos importantes para el progreso.

»Nos reunimos cinco veces a la semana. El Espíritu que preside nuestra Sociedad, al que los otros Espíritus otorgan cierta supremacía, se llama Pastoret. Tenemos en Doña J. una excelente médium psíquica y parlante. Se comunica a través de una mesa velador de tres patas que solo sirve para establecer la corriente fluídica, y ella ve las palabras escritas en una especie de cinta fluídica que pasa incesantemente ante sus ojos, y que lee como en un

libro. Este medio de comunicación, unido a la benevolencia de los Espíritus que vienen a nuestras sesiones, nos permite presentar nuestras observaciones y establecer discusiones casi familiares con esos mismos Espíritus.

»Cada tarde, la sesión se abre con la presencia del Espíritu del Dr. Gardoqui, a quien conocimos, y que durante su vida practicó la medicina en Cádiz. Después de dar consejos a nuestros hermanos presentes, va a visitar a los pacientes que le recomendamos; indica los remedios necesarios y casi siempre con éxito.

»Después de la visita del médico, llega el Espíritu familiar del círculo, que nos trae otros Espíritus, a veces superiores para instruirnos, a veces inferiores para ayudarnos con nuestros consejos y estímulos. Siguiendo la indicación de nuestros guías, periódicamente realizamos misiones de caridad para los pobres.

»Además del ridículo, contra el que vosotros los franceses tenéis que luchar, nosotros luchamos contra la intolerancia; sin embargo, no estamos desanimados porque la fuerza de la convicción que Dios nos da es más poderosa que los obstáculos.

»Terminamos cada sesión con la siguiente oración:

»¡Padre Universal! ¡Señor todopoderoso! Nos dirigimos a ti porque te reconocemos como el Dios único y eterno. ¡Padre! No deseamos incurrir en tu censura, sino más bien avanzar en nuestra purificación para acercarnos a ti, el único bien verdadero, la felicidad máxima prometida a quienes regresan a ti.

»¡Señor! Te recordamos continuamente nuestros pecados, para que puedas perdonarlos después de la expiación que merecen. ¡Cuánto le debemos a tu gran bondad! Sé misericordioso con nosotros.

»Padre Eterno, tú me has dado la vida y con la vida la inteligencia para conocerte, un corazón para amarte y amar a mis semejantes. Mi inteligencia crecerá cuando piense en ti y cuando me levante hacia ti.

»Padre universal de todos los seres, gran arquitecto del Universo, agua bendita con la que apagamos la sed del amor divino, ni el curso del tiempo, ni la diferencia de inteligencias nos impiden reconocerte, porque tu gran poder y tu gran amor está en todas partes.

»¡Padre! Nos encomendamos a tu misericordia, y como prueba de nuestra sinceridad, le ofrecemos nuestras vidas, nuestros bienes, todo lo que nos has dado. No tenemos nada que no provenga de ti. Ponemos todo a disposición de nuestros hermanos necesitados, para que

se beneficien del fruto de nuestra inteligencia y nuestro trabajo.

»Somos tus hijos, Señor, y le pedimos a tu bondad infinita un rayo de luz que nos guíe por el camino que nos has mostrado, hasta que alcancemos el cumplimiento de nuestra felicidad.

»Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre. Que se haga tu voluntad así en la tierra como en el cielo. Danos hoy nuestro pan de cada día. Perdona nuestras ofensas así como nosotros perdonamos a quienes nos ofenden, ahora y siempre, hasta la hora de nuestra muerte.

»Dirigimos nuestras oraciones, Padre infinitamente bueno, a todos nuestros hermanos que sufren en la tierra y en el espacio. Nuestro pensamiento está con ellos y nuestra confianza en ti».

Que los espiritistas de Cádiz reciban, a través nuestro, las sinceras felicitaciones de sus hermanos de todos los países. La iniciativa que tomaron en el extremo de Europa y en una tierra refractaria, sin relaciones con los otros centros, sin otra guía que sus propias inspiraciones, mientras el Espiritismo todavía estaba en su infancia, en casi todas partes, es una prueba más de que

el movimiento regenerador recibe su impulso de más alto que la Tierra, y que su foco está en todas partes. Que es, por tanto, imprudente y presuntuoso tener la esperanza sofocarlo y comprimirlo, ya que a falta de una salida hay otras mil por donde saldrá la luz. ¿Sirven de algo las barreras para lo que viene de arriba? ¿De qué sirve aplastar a algunas pocas personas cuando hay millones dispersas por toda la Tierra, que reciben la luz y la esparcen? Querer aniquilar lo que está más allá del poder del hombre, ¿no es representar el papel de los gigantes que querían escalar el cielo?

Anexo 2

CARTA DE FRANCISCO DE PAULA A ALVERICO PERÓN

Hemos recibido una carta importante que ha tenido la bondad de dirigirnos nuestro muy estimado Francisco de Paula Coli.

A continuación, la reproducimos, haciendo al final de ella algunas consideraciones.¹

Cádiz 20 de mayo de 1869

¹ Son palabras de Alverico Perón previas a la carta que publica en *El Criterio Espiritista* de junio de 1869.

Sr. D. Alverico Perón.

Muy señor mío, con la mayor consideración tengo el honor de dirigirme a usted, suplicándole, ante todo, me dispense la libertad que tomo al molestarle.

Motivos de delicadeza más bien que falta de deseo me han impedido que antes no le hubiera distraído de sus muchas atenciones importunándole con el asunto de que voy a ocuparme; pero la causa ha desaparecido, y me decido a efectuarlo.

He leído en el digno periódico que usted dirige, que nuestro querido hermano Allan Kardec fue el primero que emprendió los trabajos filosóficos sobre el espiritismo, y por consecuencia el primer propagador de la doctrina.

Siento mucho tener que desvanecer éste involuntario error, y si fuese sólo interesado en ello, seguramente guardaría silencio; pero existen todavía muchos individuos de la época a que me voy a referir, que tienen el mismo interés que yo en que se ponga de manifiesto la verdad de los hechos.

Sin tratar de oscurecer en ningún concepto el sublime saber de ese gran hombre ni rebajar en lo más mínimo lo mucho que se ha sacrificado en beneficio de la humanidad, porque sería temerario el intentarlo e

imposible conseguirlo, estoy en el deber de hacer algunas aclaraciones que coloquen las cosas en su verdadero terreno.

A finales de 1855 nos reunimos en Cádiz varios amigos con el objeto de observar detenidamente y en conciencia el fenómeno que hacía algún tiempo venía llamando la atención, y que se le dio después el nombre de Espiritismo.

El tiempo no lo invertimos en balde; por medio de muchas pruebas que se practicaron y los buenos resultados que obtuvimos de que no era cuestión de mero pasatiempo, que encerraba un gran misterio que se debía estudiar con la mayor atención.

En ese concepto, y para llevar adelante la empresa, tratamos de formar una Sociedad. Esto se consiguió bien pronto, pues antes de un mes se habían reunido más de cien socios.

Se instaló la Sociedad, formando sus Estatutos y nombrando Junta Directiva; desde luego que ésta se constituyó, se decidieron sus individuos a trabajar sin levantar mano, no perdonando medio alguno hasta conseguir un fin útil y provechoso.

Entre los varios proyectos que esta Junta decidió poner en práctica, fue el primero publicar un periódico;

pero se tocaron muchos inconvenientes, y fue preciso desistir de la empresa.

En su lugar se resolvió dar a luz un opúsculo, el cual me tomo la libertad de remitírselo, y repartirlo gratis, tanto en ésta, como en los demás puntos donde hubiese oportunidad.

Si para el periódico encontramos mil impedimentos, no menos obstáculos se presentaron para la impresión del escrito. Todos los impresores se negaron a ponerlo en prensa; en fin, después de mucho andar encontramos uno que pagándoselo bien y no siendo menos de mil ejemplares, se tomó el encargo.

Antes de darlos al público fue indispensable la censura, y tanto el gobernador como el fiscal de imprenta estuvieron conformes en que por su parte podían circular; pero éste indicó que en algunos puntos se rozaba con la religión, y que le parecía conveniente que antes pasase por la censura eclesiástica.

Este incidente nos hizo desde luego prever lo que iba a acontecer. El Prelado, al hacerse cargo de la doctrina que contenía el folleto y la fuente de donde procedía, se ofusco su razón, y sin consultar más que a la mala impresión que le ocasionó su lectura, pasó acto continuo, oficio al gobernador para que este sin perder tiempo

mandase secuestrar todos los ejemplares y los pusiera a su disposición.

Así lo efectuó, y el dicho Prelado mandó hacer auto de fe con ellos delante de su palacio.

Estoy seguro que llevado del mejor deseo, lo hubiera ejecutado con lo que él juzgaba nuestro error, si hubiera sido posible hacerlo sin quemarnos.

No paró en esto su buen deseo; al día siguiente dio una pastoral por la cual nos excomulgaba, tratándonos de ateos y panteístas, y prohibiendo a todos los feligreses la evocación de espíritus, bajo la pena de excomunión al que lo efectuase.

Dio orden a todos los curas que en sus respectivas parroquias leyese esta pastoral todos los días festivos, y él se tomó el trabajo, tiempo perdido, de fulminar anatemas contra nosotros en la CÁTEDRA DEL ESPÍRITU SANTO.

Este contratiempo no nos intimidó ni detuvo nuestra marcha, y reuniendo nuevos fondos, porque los opúsculos secuestrados fueron pagados sin adquirirlos, se dispuso que el presidente pasase a la plaza de Gibraltar para hacer una nueva impresión de mil doscientos ejemplares.

El vicario católico de aquel punto, enterado del trabajo que allí se estaba efectuando dio aviso inmediato al Obispo.

Sin embargo, de las muchas precauciones que S. S. tomó para impedir la introducción en Cádiz, fueron todas inútiles; los ejemplares entraron y se repartieron no solo en ésta sino en casi todos los pueblos de su obispado. Como la atención de la Junta Directiva se había desde luego fijado en la idea de establecer un centro que partirse de él la unidad de la doctrina, para el caso que se establecieran más círculos, aprovechó la ocasión de la salida de los que llevaban la misión de repartir los opúsculos para que estos trabajasen al mismo tiempo en la formación de ellos, a cuyo efecto llevaron instrucciones.

No trabajaron en balde; en varios pueblos quedaron fundados círculos según se deseaba.

Por el mismo tiempo salía para Montevideo uno de nuestros hermanos capitán de buque, al cual se le entregaron un número de ejemplares para que los repartirse en aquel punto, y al mismo tiempo llevó misión para el mismo fin.

Tampoco este hermano perdió su trabajo; la Sociedad que aún existe en aquel punto fue fundada por él.

No solamente los hermanos que la compusieron nos dieron las mayores muestras de adhesión y fraternidad, sino que pusieron a nuestra disposición una cantidad bastante decente, que no aceptamos, producto de una suscripción que se había hecho entre ellos a nuestro favor.

Pero los trabajos que hacíamos, por mucha reserva que se tuviese al practicarlos, no podían estar completamente ocultos ni menos desconocer el origen de donde partían.

Llegaron a conocimiento del Prelado, y este decidió exterminarnos, sin pararse en los medios que debía adoptar para conseguirlo. Pasó un oficio a la autoridad civil, manifestándole que, si inmediatamente no daba orden terminante para que fuese disuelta nuestra Sociedad, ÉL DIRECTAMENTE COMUNICARÍA AL GOBIERNO SUPREMO QUE CONSENTÍA EN CÁDIZ UN CLUB REVOLUCIONARIO.

Sin embargo, de la indignación que le causó este modo de proceder tampoco evangélico en un príncipe de la Iglesia Católica Romana, no puedo prescindir de intimarnos la orden fatal.

Fue preciso obedecer, aunque no del todo, pues los que componíamos la Junta Directiva, cuyo presidente era uno de los médiums, seguimos trabajando.

Para poder hacer algunas publicaciones clandestinas, hicimos venir desde Madrid una prensa litográfica.

Poco la utilizamos, porque un incidente imprevisto puso fin a nuestra reunión. Los dos médiums tuvieron precisión de marchar Ultramar.

Así concluyó nuestra Sociedad, después de dos años de trabajo, de intranquilidad y pérdida de intereses.

Pero esta narración, que me tomo la libertad de hacerle, comprenderá que en España antes que en Francia, o más exactamente dicho, en Cádiz antes que en ningún otro punto hubo apóstoles propagadores de la doctrina espiritualista, que si bien no pudieron llevar adelante la empresa según fueron sus deseos, sufrieron en cambio la persecución y el martirio, porque sacrificándose en aras de su fe, arrojaron el ridículo que tan ostensiblemente les prodigo el fanatismo, la hipocresía y la mala fe.

Los documentos que justifican la verdad de lo que llevo expuesto, como también los resultados que dieron los trabajos de nuestra comunicación con los seres de la

CARTA DE FRANCISCO DE PAULA

vida espiritual durante nuestras reuniones, están depositados y custodiados por el que fue vicepresidente.

En el opúsculo que le incluyo quizá hallará algunos puntos con los cuales no esté conforme; pero como mi ánimo no es establecer doctrina ni mucho menos entablar controversia, es únicamente para hacerle conocer de la manera que ya en aquel tiempo en Cádiz se trabajaba en el espiritismo.

Persuadido que por lo que llevo manifestado se hará cargo de la justicia que me asiste para solicitar de su amabilidad la consignación de estas memorias en su apreciable periódico, suplicándole me perdone la exigencia, de que si se toma el trabajo de mandar que lo inserten, ha de ser integra toda la carta que tengo la honra de dirigirle.

Si usted no creyere oportuno hacerme este obsequio, espero de su bondad me lo comunique tan pronto como le sea posible.

De todos modos, tengo la mayor satisfacción en aprovechar esta ocasión para manifestarle el deseo de que me cuente por uno de sus más humildes hermanos y s. s. q. b. s. m.

FRANCISCO DE PAULA COLI

No sin causa justificada hemos calificado de documento importante la carta que nuestros lectores acaban de leer. En efecto; es para nosotros sumamente grato saber que Cádiz ya en 1853 poseía un Círculo Espiritista, tuvo también la gloria de poseer en 1855 una Sociedad entusiasta y numerosa que, arrastrando todo género de contratiempos, conspiraba para propagar los principios de la escuela espiritista.

Pero, así como rindiendo el debido acatamiento a los fueros de la justicia consignamos con verdadero entusiasmo estos dos hechos, así también, y en esto tenemos que obedecer a las prescripciones de la más severa imparcialidad, debemos explicar lo que en nuestro juicio es evidente, que Kardec ha sido el primer propagador de la doctrina.

En el hecho no cabe a España, ni aún a Francia, la preferencia, porque el hecho y su propagación era conocida en los Estados Unidos desde 1850. Pero al referirse *El Criterio Espiritista* a Kardec, no puede olvidar que él ha tenido la gloria de personificar en sí el Espiritismo, de darle carácter, de darle, en una palabra, carta de naturaleza en el mundo¹.

¹ Antes de Kardec no existía el Espiritismo como tal, se denominaba doctrina espiritualista o nuevo espiritualismo, pero

La prueba es evidente: desde 1850 se conocía en París el Espiritismo, y hasta que Kardec con su opúsculo ¿Qué es el Espiritismo¹? no despertó la atención pública, en el mundo era desconocido de éste.

Muchos sus trabajos aislados constituían quizá los elementos que él tal vez no ha hecho más que recopilar; pero este trabajo, llevado a cabo con el tino y con la prudencia que él lo ha efectuado, le han hecho ser mirado con justicia como el fundador de la doctrina.

Porque la doctrina espiritista de KARDEC es el resultado de la comparación de las comunicaciones obtenidas en todo el mundo, y tiene en su apoyo el de los espiritistas por cuyo medio se han obtenido, y el de millares de espíritus que las han dictado, sin ponerse de acuerdo, desde todas las partes del mundo.

es solo con Kardec que comienza la doctrina espírita o Espiritismo. Tanto Francisco de Paula como Alverico Perón están más de acuerdo que pudiera parecer tras la aclaración de Alverico Perón, pues el primero se refiere más arriba a la doctrina espiritualista y el segundo al Espiritismo.

¹ Hoy sabemos que fue *El Libro de los Espíritus*, el de más repercusión y el que más despertó la atención pública, siendo además publicado antes que el opúsculo ¿*Qué es el Espiritismo?*

EL LIBRO DE LOS ESPÍRITUS no es el resultado de un trabajo aislado, sino la resultante de lo manifestado por la mayoría de ellos.

Esto creemos que comprenderá el señor Coli que no es rebajar en un ápice el mérito que puede corresponder a la Sociedad fundada en Cádiz en 1855, mérito para mí tan superior, que yo no encuentro palabras para encomiar el celo de los que la compusieron, su constancia y su desinterés.

Para dar a conocer los trabajos que obtuvo, francas tiene las columnas de *El Criterio Espiritista*, en cuya sección de Sociedades verá reproducido cuanto se digne enviarnos, así como insertamos el notable folleto que acompaña a la carta.

Sólo nos permitiremos, para cumplir con nuestra conciencia, hacer una observación final.

Tenemos que pedir al señor Coli que nos dispense si contra su expresa voluntad nos hemos permitido alterar un solo renglón de su carta. Nada hemos quitado; pero creyendo que faltaban unas palabras, las hemos añadido.

Demos gracias a la revolución que nos ha sacado de esa vida de intranquilidad, de conspiración, para propagar nuestra doctrina. No incurramos por nuestra parte en el defecto que criticamos. Si ministros de una religión

CARTA DE FRANCISCO DE PAULA

santa y verdadera para los que en ella creen, les hace incurrir en la violencia de perseguir lo que creen error, sírvanos su ejemplo para evitar imitarlos.

Crea cada cual lo que su conciencia le dicte; ajuste a esta sus preceptos, y sea cristiano, católico o protestante, mahometano o judío, mire en cada ser un prójimo digno de todo respeto a ser árbitro de pensar, de creer, de obrar como mejor le cuadre, usando de la libertad que a Dios le plugo conceder a sus criaturas. Si falta la expiación, le servirá de castigo; y una vez satisfecha la deuda, gozará del premio que Dios a nadie niega en cuanto es acreedor de él.

ALVERICO PERÓN

Anexo 3

EL OBISPO ARBOLÍ

Juan José Arbolí y Acaso (23 de octubre de 1795 – 1 de febrero de 1863).

Estudió en el Seminario Conciliar de San Bartolomé de Cádiz y fue canónigo doctoral de la Catedral, catedrático de Gramática y de Filosofía del Seminario y del Colegio de San Felipe Neri. Fue consagrado obispo de Guadix (Granada) y, promovido a la Sede gaditana, tomó posesión del Obispado el 4 de abril de 1854. Fue también Senador del Reino, perteneció al Real Consejo y fue predicador del Rey de España. Como orador elocuente, se le llamó «Príncipe de la oratoria sagrada española». Don José Helguera, biógrafo de su tiempo, describió al obispo Arbolí con estos rasgos:

[...] era un hombre superior, grande sin grandeza prestada, grande por sí mismo, grande sin deberlo a la fortuna, grande por deberlo solo a su talento. Ningún otro nació con dotes más adecuadas que Arbolí para brillar y ser útil en su sagrado ministerio a la sociedad en que vivía.

Sus obras escritas principales: *Tratado de Filosofía, Gramática general y Exposición a su Majestad la Reina sobre circulares del Gobierno referentes a la censura eclesiástica y a la predicación*. Según Menéndez Pelayo, su Compendio de lecciones de filosofía fundamentado sobre el sentimiento es uno de los más profundos y lúcidos escritos durante este siglo XIX.

Tiene una calle en su honor en Cádiz, su ciudad natal.

El Obispo de Cádiz y Algeciras se marchó de este mundo con todos los honores y solemnidades que cabían a un Obispo y Senador del Reino. El canónigo de la Catedral de Cádiz pronunció una oración fúnebre en su honor, un discurso de 30 páginas, exaltando sus virtudes y anunciando su entrada al reino de los cielos. Veamos si fue así realmente.

En el *Círculo Espiritista de Cádiz*, en la sesión del 24 de abril de 1864, más de un año después de su desencarnación, se recibió la siguiente comunicación:

Médium J. de C. y D.

Hermanos míos, el espíritu de Juan José Arbolí y Acaso os habla según la misión que tuve en la tierra y que la desempeñé a disgusto de muchos, porque me fundaba para ello en los libros que desde la niñez busqué con gran afán, porque mi espíritu deseaba encontrar la verdad y examinar prolijamente la senda por donde se podía llegar al honroso puesto en que fui colocado.

Pero en mis estudios conocí que la historia de la Religión estaba plagada de inexactitudes y errores.

Entonces me concentré; quería buscar la verdad, y estudié con empeño; examinaba en mi conciencia si debía ser un misionero de esta religión, o si debía deslindar sus cuestiones y dudas para presentar la verdad tal cual yo la comprendía.

Pasaron los años, y después de concluidos los primeros estudios, recibidas las últimas órdenes y con licencia de decir misa, me atreví a consultar con el señor magistral de aquella época, el escrúpulo de mi conciencia.

Así lo efectué, y este varón, sacerdote de buena fe e inteligente, me dijo: que él estaba íntimamente convencido que había una necesidad en seguir la religión tal cual la habíamos heredado de nuestros padres y mayores, y que el querer aclarar esas dudas, que verdaderamente él conocía que eran opuestas a la sana razón, era dar un escándalo y contrariar las leyes, los Concilios y los cánones; que yo en seguirla no incurría en falta grave, puesto que por mi solo voto, por mi único deseo no había de transformarse el orden y sistema que se viene observando hace tantos siglos, y que aunque yo perdiese mi carrera y me hiciese indigno de penetrar en la unión y acuerdo de los demás, no haría nada para aclarar las verdades de la religión santa de nuestro hermano Jesucristo.

Oído este consejo, y conociendo toda la verdad que contenía, y además comprendiendo que este hombre docto nada tenía de fanático ni supersticioso, sino que seguía por sistema y costumbre la religión tal, como él decía, que la había heredado de los demás, y conociendo yo, repito, que debía hacer lo mismo que él, me lancé sin temor ninguno —aunque siempre conocía que iba a desempeñar una misión que se oponía a mi razón— pero consultando los intereses materiales y el porvenir de los míos, me convenció que debía seguir por la misma senda que habían transitado otros.

Obtenida la licencia para la predicación, y deseando que esta predicación fuese un poco más clara y sana para las conciencias, estudiaba, removía los cánones, examinaba las Escrituras con el fin de dar un poco de más inteligencia al pueblo y hacerle conocer a Dios sin que le temiese, como es de costumbre, y hacerle conocer que este Dios siendo su Padre podía esperar en su misericordia; pero al mismo tiempo sin romper de una vez el tupido velo de la superstición.

De aquí, hermanos, después de tantos años de continuos estudios y desvelos, después de ir avanzando extraordinariamente en mi carrera eclesiástica y viendo que cada día me era más útil y beneficiosa, sepulté en el fondo de mi alma toda clase de remordimientos, hice acallar mi conciencia y seguí solamente mi deseo de ocupar el honroso puesto en que me visteis colocado.

Pero... ¡oh poder de Dios! ¡Cuán admirable es tu sabiduría! Cuando más estaba mi conciencia dormida, cuando yo no esperaba que nadie me despertase de este sueño, he aquí que se levanta del pueblo, del centro del pueblo a quien yo con mi voz y mi predicación guiaba, y de en medio de él, para que se cumpliese la profecía en la cual se nos dice: «Se levantará majestuosa la voz de Dios de entre las tumbas, y resonando por todas partes se humillará la serpiente».

Esta voz en mi tiempo se oyó resonar: «Los Espíritus de Dios en la humanidad».

Primero no hicimos caso; más tarde reunimos con nosotros aquellos hombres que creíamos de más inteligencia e investidos también con el carácter de sacerdotes, y les preguntamos:

—¿Qué sabéis de ese fenómeno? ¿Qué es esto que dice el pueblo?

Entonces nos contestaron:

— Es cierto; los del mundo superior comunican con los de la tierra.

—Veamos; probemos también nosotros.

Nuestra primera pregunta al obtener el movimiento fue esta: «Si hay algún espíritu que tenga licencia de Dios para presentarse a la humanidad, conteste.

Hermanos míos: ¡qué admirable y sorprendente fue para nosotros la respuesta!

- Sí.

Estas dos letras, hermanos, fue una voz que nos anonadó, nos confundió y nos llenó de asombro.

—¿A qué venís?

Segunda contestación:

— A dar la luz en nombre de Dios, y a decir a todos que no cumplís con vuestra misión.

—Mientes, porque eres Satanás; te conjuramos a que te alejes de la humanidad.

—No me alejaré, porque cumpliré la misión de Dios.

— El pueblo no creerá en ti.

— El pueblo creerá, porque nos presentamos de distintos modos y según las inteligencias. Para nosotros no hay pobres ni ricos, sabios ni ignorantes, aldea ni ciudad, todo lo recorreremos.

— Entonces intimidaremos al pueblo con anatemas de excomunión, y el pueblo no te escuchará.

— Intimidaréis a los débiles; pero la luz nuestra resplandecerá en muchos prismas, porque es luz de Dios, y no sois bastante fuertes para apagarla.

Visto esto, hermanos, aturdidos y confusos, convini-mos en dar cuenta a la Suprema Potestad reconocida en la tierra para que ordenase lo que se había de hacer en tal conflicto.

Se decide, y nos contestó:

«Los hermanos se conocerán entre sí, negar su existencia sería conceder toda la verdad; es preciso esparcir

la idea que son espíritus del mal, y que peca gravemente todo aquel que llamase a su hermano después del sepulcro».

Yo, hermanos míos, me aventuré a esto; pero como mi conciencia no estaba tranquila, amplié mi excomunión consintiendo el estudio del fenómeno, pero sin evocar los espíritus.

No fue del agrado de todos mis compañeros esta ampliación, porque estaban convencidos —como yo también lo estaba— de que su estudio, había de dar infaliblemente el resultado de comunicarse hermanos con hermanos.

Además, tenemos en el Génesis que nos dice:

«Se oscureció el sol, y en la noche se presentó una llama o luz que pasó por medio de los seres divididos». Os advierto que la parábola dice en vez de seres, animales. (Génesis, cap. 15, v. 17)

«Entonces (sigue el v. 18) el Señor Dios hizo pacto con Abraham y le reveló por medio de esta luz las generaciones que se sucederían hasta la consumación de los siglos y procederían de él».

Examinado todo, hermanos míos, según se ve aquí en verdad, no tiene para mí—y creo será lo mismo para todos—más explicación esta luz, esta hoguera que se

presentó por refracción a este varón humilde, no tiene, repito, más explicación que la luz del espíritu o espíritus que continuamente y en medio de la mayor oscuridad de las inteligencias habían de presentarse a comunicar con los de la vida material.

Y esto lo aclara más y más el versículo 16 del mismo capítulo. «Y vendrán acá en la cuarta generación, porque en este tiempo no habrán concluido los pecados». —Y vendrán acá en la cuarta generación—entended bien esta palabra. ¿Cómo se explica esto? ¿Dónde habían de ir, si no era a habitar las regiones desconocidas de los terrestres? Esto nos da una luz clara de las encarnaciones que todo ser tiene que efectuar por necesidad y ley suprema.

Y claro es, y evidentemente se toca que ha de haber un transcurso de tiempo de encarnación a encarnación, que cuando vuelven a las regiones superiores es indudablemente la cuarta generación.

Por eso en mí modo de comprender desde la altura en que me hallo, pienso que es muy útil y necesaria la comunicación; pero la comunicación de instrucción. ¿Y cómo debe hacerse, a vuestro entender, esta comunicación para que pueda servir de instrucción en la tierra?

Según, hermanos, mi modo de ver, lo que debiera hacerse para que pueda servir de perfecta instrucción puramente material y que no pueda negarla ni el más incrédulo, era punto por punto, parábola por parábola, hacer una segregación de la Escritura para separar lo verdadero, lo útil, y todo aquello que tenga relación con la ley Divina, para que el hombre sepa lo que ha de creer en la tierra, y qué debe entender por revelaciones y comunicaciones con sus hermanos de la vida superior.

De este modo vengo a afirmar lo que os dije en la vida material: «Estúdiase el fenómeno». Y en esta vida de realidad os digo lo mismo: estudiad, comprended el fin que Dios se propone por medio de la comunicación; aprended con este estudio a enseñar a los otros, y entonces seréis en unión con vuestros hermanos de ultratumba.

«La luz y la hoguera de la parábola que atraviesa por medio de los hombres divididos».

Y estudiando continuamente la instrucción que recibís de vuestros hermanos, podréis comprender que la revelación es la única luz que debe guiar a todo ser que quiera entender perfectamente la ley Divina y el tránsito o fin de su vida material, y el renacimiento del espíritu a la vida superior para después, llegada que sea la hora del pase por las regiones superiores, comprenda el espíritu

que lo que recibió de luz en la tierra, lo que adelantó su inteligencia por medio de la comunicación, es lo que le sirve para entrar en su nueva vida con un verdadero conocimiento e instruido de la marcha que ha de seguir en unos mundos solamente conocidos en la tierra por la revelación, porque nadie podrá negar la comunicación y la influencia de los espíritus en la tierra.

Hermanos, si se insiste en el estudio de la ciencia celeste, vendrá un día en que el hombre en este siglo obtenga la misma gracia, el mismo privilegio que fue concedido en el primer tiempo de la humanidad.

Vemos por la misma Escritura que en el primer tiempo había una seguridad en la revelación, que ninguno dudaba, y todos se sujetaban a los mandatos que recibían por medio del espíritu.

Si no, hermanos, un ejemplo práctico debe convenir al más incrédulo, y es la revelación que Dios hizo a Moisés por medio de un espíritu de luz, cuyo espíritu fue el de nuestro hermano Jesucristo.

J. J. ARBOLÍ

Obispo que fue de Cádiz

Numeración de los pies y letras que corresponden a cada uno.

Numeración para marcar por los golpes la letra que quiere dar.

	1	2	3	4	5	6	7	8	9
1	a	e	i	o	u	b	c	d	æ
2	f	g	h	j	l	ll	m	ñ	x
3	n	p	q	r	s	t	v	z	k

Preguntas Frecuentes sobre Espiritismo

Libro Qué es el Espiritismo

Si tienes cualquier duda, encuentras algún error en el libro o quieres comunicarnos cualquier otra cuestión puedes escribirnos a:

info@cursoespirita.com

